

CUENTOS SELECCIONADOS

de Manuel F. Ramos

Recopilados el 8 de Julio de 2008

© Manuel F. Ramos

Si te gustan estos relatos, no te cortes, envía un e-mail a: LPredonda@gmail.com o escribe en el Blog de la Piedra Redonda (www.lapiedraredonda.net)

CONTENIDOS

EL UNIVERSO DE LAURA	4
23 DE ABRIL	12
SUEÑO	21
CUANDO HACE FRÍO HACE FRÍO	26
LOCURA	32
INTOLERANCIA	36
LA TENTACIÓN	45
LA PREMONICIÓN	56
MARÍA	64
EL VIEJO Y LA PARCA	69

El Universo de Laura

Con un suave crujido la puerta cedió. Laura dio un paso atrás indecisa. La penumbra que se habría frente a ella había hecho desvanecer todo rastro de energía y audacia en su ser. Pensó que no era buena idea. Que nunca lo había sido. Pero la curiosidad, que tantos gatos ha matado, fue más fuerte. Cruzó el umbral.

No era lo mismo. El piso ya no olía como antes. Había perdido parte de su encanto. Permaneció en la oscuridad imaginándose los cambios. Es asombrosa la cantidad de cosas que se conocen por el olfato. El nuevo olor no era desagradable en absoluto. ¿Quién viviría ahora en el apartamento? Otras personas no dan importancia a los olores. Pero Laura creía firmemente en la aromaterapia. En el poder curativo, relajante, de las fragancias. Sólo combinando los aromas correctos en una casa puede ésta convertirse en hogar.

Encendió la luz. Miró su reloj de pulsera. Las nueve de la noche. Se lo había regalado Julián. Justo la semana antes de su separación. Aquel mismo día ella lo había intuido. Las cosas nunca funcionarían entre ellos.

Miró a su alrededor. El recibidor no había cambiado demasiado. Lógico. Las personas nunca dejan nada de sí mismas en el recibidor. Ella desde luego no lo hacía. El recibidor no es más que una máscara. La habitación que evita que los extraños penetren en nuestro universo.

Laura guardó las llaves en su bolso. Se quitó el abrigo. ¿Qué dirían si la encontraban dentro? Allanamiento de morada. Iría a la cárcel. Juicios. Sonrió. Tenía su emoción.

–Un poco de emoción para mi aburrida vida...

Lo dijo en voz baja. Como si tuviese miedo de que alguien pudiera oírla. Pero en el piso no había nadie. Nadie salvo ella. Todavía estaba a tiempo. Podía marcharse. Evitarse problemas. Más tarde regresaría. Llamaría al timbre. Diría:

“Buenas noches... Perdone pero tengo las llaves de su piso... Sí... Yo vivía aquí... Sí... Las encontré ordenando mis cosas... Sí... Claro... Un piso precioso... Sí... Muy buenos recuerdos de él... Gracias.”

Luego subiría. Entregaría la copia de las llaves. Tomaría un café. Charlarían y luego volvería tranquilamente a su casa. Suspiró.

Parsimoniosamente se puso el abrigo.

–Un vistazo al salón. Sólo uno.

Abrió la elegante puerta que daba acceso al universo privado de otras personas. Encendió la luz. Perezosamente paseó su mirada por la sala. Y entonces vio la foto. Estaba en un rincón. Alguien menos observador la habría pasado por alto. Ella no. El marco era de plata. Un marco sencillo, austero y sin embargo regio. Era la típica foto que nos hacemos todos justo después de la boda. Pero la foto estaba cortada por la mitad. Faltaba la chica.

Laura frunció el ceño. Una pareja rota. Recientemente supuso. No podía explicar semejante afirmación. Tal vez el olor de la chica aún reinaba en la casa. Sí. Algo de ella todavía no se había desvanecido del todo. Todavía no. ¿Cómo sería? ¿Por qué habrían terminado? Prestó atención al salón. Muebles funcionales. Sin personalidad. Casi no había cuadros... Sin embargo los había habido. Se veían las marcas. Ella era una artista. Él no. ¿Quién habría terminado la relación?

Pensativa se puso a pasear lánguidamente por la habitación. Su mano derecha acariciaba los muebles. Suavemente. En su izquierda sostenía el retrato.

No habían cambiado las cortinas. Ella tampoco había encontrado el momento adecuado para hacerlo. Las cortinas son un engorro. Pero son necesarias para la intimidad. Son nuestra protección frente a miradas indiscretas. Y cuesta tanto cambiarnos. Cambiarlas. Laura se sentó en el sofá. Con cuidado sacó la foto del marco. En su reverso llevaba escrita una fecha. Nueve de septiembre de mil novecientos noventa y nueve. Sonrió. El siglo pasado. El milenio pasado. Dos años atrás.

Se tumbó en el sofá. Quería estudiar la foto con detenimiento. El abrigo la molestaba. Se lo quitó y volvió a tumbarse. Él era un hombre atractivo. Treinta y tantos. Cabellos negros como el azabache peinados hacía atrás. Frente amplia, despejada. ¿Ojos? No se distinguía el color. Pero la mirada era penetrante. Inteligente. No sonreía. ¿Una foto de novios sin sonrisa? Era normal que no hubieran terminado bien. Incluso creyó detectar una sombra de

preocupación en su rostro. ¿Cómo se llamaría? Parecía robusto. Facciones marcadas, angulosas. Marcos. Tenía que llamarse Marcos. Era el nombre perfecto para él.

Laura se imaginó a Marcos tumbado en el sofá. Como lo estaba ella ahora. ¿Qué haría normalmente? ¿Cómo sería él en realidad? ¡No había televisión! Frunció el ceño. ¿Cómo se puede vivir sin televisión? Sobre todo si uno vive sólo. Como Marcos. Como ella. Se levantó de un salto. La foto quedó abandonada sobre la mesa. En la librería había unos pocos libros, un equipo de música y algunos CDs. Dire Straits, Pink Floyd, Chopin, Mozart, los Tres tenores, Barrage, Sade y una recopilación de Madreus. Tomó el último. Nunca había escuchado a Madreus. ¿Eran portugueses? Una agradable música invadió el ambiente. *Haja o que houver*. La canción puso a Laura melancólica. Pero de algún modo estaba segura que cualquiera de los demás también lo hubiera hecho. Se sacó los zapatos. A un lado un carrito ejercía la funciones de mueble-bar. Pocas botellas pero de calidad. Se sirvió una copa de coñac.

Se imaginó a Marcos también coñac en mano. No era difícil intuirlo. La botella de Napoleón era la única que estaba a medias. Se imaginó a Marcos coñac en mano. Escuchando la misma canción. Esperando un cambio. Una lluvia renovadora en su vida. Esperando a alguien como ella. Sonrió. Hacía tiempo que había enterrado el amor. El amor hiere. El sexo es mucho mejor. Ella no era de piedra. No era un monja. Pero tampoco era feliz. ¿Lo sería Marcos? ¿Feliz?

Regresó a la librería. Quería curiosear entre los libros. “El tercer ojo”. Filosofía budista, se imaginó a Marcos rapado al cero y cubierto con una túnica naranja. Sonrió. “Los pilares de la Tierra”. ¡Qué manía tenía todo el mundo con aquel horrible y aburridísimo libro! El siguiente era mejor. “El mundo según Garp”. Muy bueno. Seguían “El loro de Flaubert”, “Madame Bovary”, “El jugador”, “Rimas y leyendas”, “El quijote” y..., “Veinte poemas de amor y una canción desesperada”. ¡Neruda! ¡Poesía! Cogió el libro. Le apetecía leer una poesía. Alguna oscura y soleada, entre el amor y el odio, que Neruda escribía tan bien. Pero necesitaba buena música. Madreus no estaba mal, pero la mejor canción era la primera. Estudió el equipo de música.

Laura sentada en el sofá, Napoleón en su mano izquierda, Neruda en su derecha y Haja o que houver sonando incesantemente, una y otra vez. Empezó a recitar en voz alta. Cada palabra, cada verso la unía más a Marcos. Una lágrima resbaló por su mejilla. Música melancólica, lluviosa, alcohol y poesía. Su mente y su espíritu liberándose, dejándose llevar por la magia del momento.

Sonrió pícaro. Se sentía como una niña en medio de una travesura. Se sentía bien. Sin preocupaciones, sin cargas. Y ya hacía mucho tiempo desde la última vez que había experimentado una sensación similar.

Hacía calor. Se desabrochó la blusa. Pensó en quitársela pero luego cambió de opinión. La dejó suelta sobre sus hombros. ¿Qué podía hacer ahora? Tal vez marcharse a su propia casa era la mejor idea. Tal vez no. Dio un respingo. El teléfono. Se acercó a él. ¿Debía cogerlo? Marcos habló a través del contestador automático.

“Si eres Oscar volveré el jueves, si no lo eres, deja tu mensaje”.

¡Qué irresponsabilidad! Así los ladrones podrían entrar sin miedos, sin dudas.

—¿Es que no ves la tele Marcos?

Laura rió a carcajadas. Claro que no veía la tele. Y claro que alguien podría entrar. Ella misma. En cualquier caso..., Marcos no regresaría hasta el jueves. No regresaría aquella noche.

Tiene una voz muy varonil. Se imaginó a Marcos frente a ella. Quitándole importancia a su nocturna incursión. Invitándola a cenar con él. La voz es un elemento crucial en cualquier relación. Marcos la tenía agradable. Seductora. Se notaba que era un hombre seguro de sí mismo. ¿Por qué se habrían separado? Tal vez ella no estuviese a su altura. Laura sonrió. Se imaginó la escena. Marcos tranquilo. Modulando su voz. Ella histérica. Llevándose los cuadros. Rompiendo fotos por la mitad. Una artista. Temperamental. Pensó en sí misma. Eso no había pasado con Julián. Había bastado una conversación telefónica. Y ya no habían vuelto a verse. Se sirvió otra copa de coñac. Normalmente nunca probaba el alcohol. Julián

no era para ella. Nunca lo había sido. Pero tampoco se había resistido a él. Quizá ningún hombre valiera la pena. Quizá Marcos sí.

En la librería había dos cajones. Abrió uno. Facturas. Correspondencia de bancos, malditos bancos. Curioseó. Walter & Cheeseman Consultores Tecnológicos le daban a Marcos de comer. Y no pagaban poco precisamente. Se imaginó a Marcos de consultor. Trajeado. Convenciendo a los grandes empresarios de que ellos eran los mejores. Que ellos solucionarían todos sus problemas. Que les necesitaban. ¿Intentaría Marcos convencerla a ella? ¿Tenía problemas? ¿Le necesitaba? Sonrió. Marcos diría: “Somos muy profesionales. Disponibilidad veinticuatro horas. Para lo que haga falta..., cualquier cosa”. Laura rió a carcajadas. Sus necesidades no las podrían cubrir Walter & Cheeseman... Pero tal vez Marcos con su varonil voz... Volvió a reír. Tomó otro trago. ¿Qué más había aparte de las nóminas? Mmmm... El alquiler. ¡Había subido casi el doble! ¡Menuda ladrona que era la dueña! Un recibo de un gimnasio. Sports & Co. Lo conocía. Nunca había estado. Pero lo conocía. Se guiñó un ojo a sí misma. Mañana mismo se apuntaría. ¿Qué deporte practicaría Marcos? ¿Pesas? ¿Aeróbic? No. Tal vez pesas, pero también gimnasia de mantenimiento. Le cuadraba, iba con él. Se mantenía a la perfección.

Aspiró profundamente. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Era su olor. Todo en la casa olía a él. Y era muy agradable. Complementario, compatible con ella. Se apuntaría al gimnasio, sudarían juntos, harían bromas, un café, una cena juntos. Laura sintió como un suave calor ascendía lentamente por su espalda. ¿Marcos o el coñac?

Los demás recibos no eran demasiado interesantes. La luz, el gas, el teléfono (gastaba poco), el real automóvil club y una reparación de talleres Fernández.

No iba a regresar. No esa noche. El apartamento era de nuevo suyo. Se sacó las medias. Estaba un poco mareada y tal vez el frescor del suelo en sus pies desnudos la ayudara. Vagó por la casa. Entró en la cocina. Estaba muy ordenada. Como a ella le gustaba. No soportaba el desorden. Ya de pequeña guardaba obsesivamente cada cosa en su lugar. Era una manía. ¡Qué difícil es convivir con gente desordenada! ¡Medio mundo! ¿Qué comería Marcos? Yogures, lechuga, tomate..., pero también carne, habría un bistec, y salchichas de Frankfurt. Abrió la nevera. ¡Bingo! Le conocía.

Laura se quedó inmóvil como una estatua. ¡Las facturas! Imbécil. Era imbécil. ¿Por qué no se había fijado en su nombre? Regresó apresuradamente al salón. Tomó una nómina al azar. Sus manos temblaban. Javier M. García. ¿No se llamaba Marcos?

Tal vez la “M” fuera de Marcos, pero podía ser cualquier cosa, Manuel, Miguel... No. Tenía que serlo. Buscó entre las facturas. Nada. Siempre Javier M. García.

–No seas tonta.

Se sentía decepcionada por no haber adivinado el nombre. Pero Javier no era el nombre correcto. Vacío la botella de Napoleón. El último trago. Hacía años que no se emborrachaba. Le gustó la sensación. Se sentía libre. Sin tapujos. Volvió a sentir el calor por su espalda. Un calor irrefrenable. Se quitó la blusa. Se quitó la falda.

Allí estaba Laura. En ropa interior en el salón de un desconocido. Un desconocido que ni siquiera se llamaba Marcos. Apuró el vaso. Una buena ducha era lo que necesitaba. ¿Estaría el baño sucio y descuidado? Es lo típico en los “solteros”. El baño estaba razonablemente ordenado y limpio. Encendió la estufa. A Laura le gustaba el calor. La ducha hirviendo. Se miró en el espejo. No era nada especial. Nunca lo había sido. Sus curvas eran demasiado redondeadas para la esquelética moda. Su cabello demasiado liso. Sus marrones ojos vulgares. Su rostro común. Olvidable. Se desnudó. Durante unos eternos segundos se quedó mirándose en el espejo, hipnotizada. Después su mirada se posó en un repisa llena de cosméticos masculinos. Tomó el *after-shave*. Cerró los ojos y se lo acercó a la nariz. Tal y como había esperado. El aroma perfecto para Marcos. ¿O era Javier? Era Marcos. Como si fuese el mejor perfume se dejó caer unas gotas entre sus senos. Ahora algo de Marcos estaba también en ella. Abrió el agua caliente y puso el tapón a la bañera. Luego se fue al dormitorio. Tal vez allí encontraría algo para leer. Laura adoraba leer en la bañera.

Sobre un pequeño escritorio descansaba un manuscrito. La letra era bonita. Caligrafía cuidada y artística. Era un relato de unas cincuenta páginas firmado por... El corazón le dio un vuelco. Marcos García. Tomó el manuscrito y se metió en la bañera.

Saladas lágrimas resbalaban por sus mejillas. Era el relato más hermoso que había leído en toda su vida. Sensible. Irónico. Romántico. Triste y alegre. Como la vida. Dejó caer el manuscrito a un lado de la bañera. Se sumergió completamente en la tibia agua. Le gustaba “bucear” en la bañera. Era una sensación irreal, única. El mundo conocido quedaba aislado, fuera del agua. Aguantó la respiración al máximo. Hasta que sus pulmones se quejaron amargamente. Luego salió en busca del preciado oxígeno. ¿Qué sentido tenía llegar al límite? ¿Qué sentido tenía la vida? Su vida. ¿Por qué había tardado tanto en encontrar a Marcos? Ahora su corazón, su alma, todo su ser estaban llenos del relato. Llenos de él. Atrás quedaban sus depresiones por Julián. Por no encontrar a nadie como ella. Por no sentirse útil. Por no encontrar su lugar en el mundo.

Laura se envolvió en una enorme toalla de baño. De algún modo al salir del agua se había renovado. Miró dentro de la bañera. No se veía. Pero estaba allí. En alguna parte del fondo. Los restos de su pasado, de su alma. Ahora era una nueva Laura. Y estaba dispuesta a buscar a Marcos.

Se dirigió al dormitorio y se tumbó en la cama. Las sábanas estaban frescas. Olían a limpio. Encontró una carta en la mesilla de noche. Era de Marcos a un tal Oscar. Estaba a medio escribir. En ella le contaba que estaba cansado de la vida. De la rutina del trabajo, que le quitaba demasiado tiempo a cambio de nada. De las mujeres, sobre todo después de lo de Elena.

De modo que se llamaba Elena. Laura movió desaprobadora la cabeza. Elena era un nombre que no le sentaba bien a alguien como Marcos. Ahora veía claramente que Elena no era la artista. Marcos lo era. Siguió leyendo la carta. Él quería dedicarse a ser él mismo. A escribir. Su pasión. Quería hacer lo imposible. Encontrar su lugar en el mundo. Pero se lamentaba que no sabía ni siquiera cómo empezar.

Laura se imaginó a sí misma acostada junto a él. Acariciándole el cabello. Susurrándole palabras de amor al oído. Dándole ánimos en sus horas bajas. Comprendiéndole. Sacando al genio que había en él. Se imaginó a sí misma haciendo el amor. Apasionadamente. Sin límites. Sin temores. Entregándose plenamente.

–Detrás de todo gran hombre hay una gran mujer –murmuró.

Sonrió. Sí. Ella también quería ser diferente. Quería tener también el valor de cambiar. De ser ella misma por fin. Y ahora sabía que gracias a Marcos lo conseguiría. Sabía que por fin tenía un objetivo, una meta, una ilusión. Sabía que sólo con él llegaría a ser feliz. Y sabía, en su fuero interno, que iba a lograrlo.

Besó tiernamente la carta. Le amaba más que a nadie en el mundo. Más que a sí misma.

Sonó el timbre. Laura se sobresaltó. ¿Quién podría ser a aquellas horas de la noche? Desde luego no era Marcos. Él no llamaría. ¿Qué hacer? Se levantó de la cama, todavía envuelta en la toalla. Se dirigió a la puerta.

–¿Quién es?

Replicó una voz femenina.

–Policía. ¿Es usted familiar de Javier García?

–¿Marcos?

–Javier Marcos García, sí.

Mintió.

–Soy su novia...

Abrió la puerta. Frente a ella se encontraba una mujer de mediana edad. Le enseñó su placa de policía. Se miraron un instante. Una eternidad.

–Lamento comunicarle que..., Marcos García..., su novio..., murió atropellado esta tarde..., sobre las nueve...

23 de Abril

Barcelona sacude su sueño en el silencio del amanecer. Las primeras luces del alba, que ya tiñen de púrpura el cálido cielo primaveral, sorprenden una poco cotidiana actividad.

Al que madruga Dios le ayuda, parecen repetir cientos de voces silenciosas que preparan improvisados puestos, tiendas de un día sembradas sin orden ni concierto por las calles de la ciudad.

Un taxista, ojeroso ya tras la dura noche de trabajo, se detiene frente a una joven que cubre minuciosamente el tablón y las dos cajas que le servirán de mostrador con una blanca sábana. El hombre baja parsimoniosamente la ventanilla de su viejo 131 y pregunta:

-¿Una rosa?

La chica está contenta, le sonrío.

-Es la primera.

Levanta tres dedos de su mano derecha. Tres euros. El taxista también sonrío. Pronto vuelve a estar de camino, una preciosa rosa roja como el amanecer es su única pasajera. Piensa despertar a su mujer con la flor; luego piensa en dormir un poco. Está contento, por la tarde se pasearán juntos por las Ramblas, es lo típico.

El camión de la basura se detiene a vaciar el último contenedor, hoy se ha retrasado más de lo acostumbrado pero ha cumplido, en definitiva, su labor. El hombre suspira, mañana tendrá más trabajo del habitual, no en balde su zona se va a convertir en un auténtico hervidero a medida que avance el día. Vuelve a suspirar.

El librero ve alejarse el camión y consulta su reloj. "Más tarde de lo corriente", piensa. Luego mueve la cabeza, en cualquier caso un día como hoy no es habitual. También él se ha evadido de la rutina, ha madrugado mucho es cierto, pero está seguro

de que valdrá la pena. Mira al cielo satisfecho y respira profundamente. Sus pulmones se cargan del aroma de la ciudad, su ciudad. Y no es un aroma cualquiera, para él es mejor que el más exquisito de los perfumes, porque su ciudad no huele igual que otras, huele a primavera, huele a frescor, huele a mar. Se imagina a sí mismo paseando por la playa, adora pasear a la vera del verde mar. “Este fin de semana”, se promete. Ahora al trabajo. No puede evitar una carcajada de pura satisfacción. A él le gusta vender libros, es su vida, pero venderlos hoy es algo maravilloso. Contempló las mesas vacías que había colocado en la acera frente a su tienda. ¿A qué libros dejaría respirar, sentir el aire puro, el calor del sol, la curiosidad de la gente? ¿Cuáles colocaría en vanguardia? Sí, un día magnífico, que invitaba a pasear, a disfrutar de la vida. ¿Cuántos vendería hoy?

A medida que el astro rey comienza a extender su halo cálido y protector, la ciudad recupera su pulso, su frenética actividad cotidiana, ir y venir de cientos, miles de presurosas personas. Unos entran en la agobiante semioscuridad del metro; otros esperan pacientemente en la parada del autobús; muchos, la mayoría, van en coches, avanzando trabajosamente entre el pesado tráfico.

-Salud.

-Bon dia.

-Feliç Sant Jordi..

La gente, que de pura costumbre y sueño no suele hablar en el autobús se saluda efusivamente. Gabriel se levanta, le cede el sitio a una mujer embarazada.

-Gracias -dice.

Él asiente con la cabeza y se apoya en la ventana. Normalmente no se habría movido, no por falta de educación, más bien timidez. Siempre se pregunta qué hacer, si será conveniente, si no se ofenderá la otra persona. Mientras tanto otro se levanta, le cede el sitio y a él no le queda sino un cierto sentimiento de culpabilidad. Pero hoy no, hoy se deja llevar por la vida, por la fuerza de la ciudad, por su magia. Hoy no piensa.

Por la ventana ve como la ciudad va dejando atrás la pereza y, ruidosa, se va engalanando para la fiesta. Los autobuses salen de gala, cargados de banderines y limpios como nunca. Una enorme bandera cubre una fachada (a él no le gustan las banderas pero hoy no le preocupa), unas rosas adornan los balcones de otra. Ya se ven muchas chicas portando orgullosas su flor, cual estandarte ganado en dura batalla. Parecen decir: “Me la han regalado a mí, y sólo a mí porque soy única, especial”.

Gabriel también ve puestos de libros donde ayer no había sino asfalto. Ya muchos curiosos se agolpan como bandada de desordenadas palomas consultando tal y tal tomo, preguntando cuánto vale este libro y cuánto el otro. Los grandes almacenes de la plaza anuncian un esperado diez por ciento de descuento en todo libro existente, por ser hoy.

Una parada, se abren las puertas, final del trayecto para algunos, inicio para un abuelo y una niña. Una pareja sin embargo permanece ajena a todo al resguardo de un árbol cercano, se abrazan, se miran a los ojos, parecen dichosos. Ella porta una rosa blanca como las nubes, él sujeta un libro, “La Piedra Redonda”. Se besan apasionadamente, murmuran:

-Feliz Sant Jordi.

La próxima parada será la suya. Luego al trabajo, en el quinto piso, suspira. ¡Qué triste perderse tal día encerrado en la oficina tomando rayos de neón! Es su primer Sant Jordi, su primer día de los enamorados, su primer día del libro y la flor. Ya se lo habían comentado cuando dejó Madrid, hay dos días clave en Barcelona, la Mercè y Sant Jordi. “Llamaré a Laia. En cuanto llegue a la oficina llamaré a Laia”. Sí, tenía ganas de pasearse con ella por las Ramblas, “esta tarde”, es lo típico le habían dicho.

-Creo que sacaremos bastante para el viaje de fin de curso.

-Una rosa, por favor.

-¿Cuál quiere? ... ¿Esta, la amarilla? ... Sí, es preciosa. ... Cinco euros. Gracias. Bon dia.

-¿Tú crees?

-Claro chica.

Se miraron alegres, habían ocupado el mejor puesto de la Diagonal, y estaban vendiendo rosas a más no poder. De seguir así tendrían que llamar a Rafael para que les trajera más.

-¡Qué bien huelen! ¡Esta me la quedo yo!

-Así no vale, te la tienen que regalar.

Sonrió.

Un chico señaló la rosa en cuestión.

-Quiero esta. ¿Cuánto cuesta?

-¿Esta?

Él asintió. Ella movió ligeramente la cabeza, no pudo reprimir una expresión de desilusión, sólo un segundo, luego lo superó. La rosa te la tienen que regalar.

-Cinco euritos.

El chico sonrió y le dio el dinero. Cogió la rosa y aspiró su fragancia.

-Verdaderamente huele bien, es una rosa preciosa. -Sentenció. Sus miradas se cruzaron furtivas y juguetonas.

Le tendió la flor.

-Para ti. Seguramente no tendría mejor dueña.

El sol está ya alto en el cielo y alumbra satisfecho, los grandes árboles de las Ramblas intentan frenar su ímpetu, que el sol no sabe reprimirse y por emoción calienta demasiado a personas y cosas, las almas de la ciudad.

Las Ramblas están pletóricas de actividad, a los ya tradicionales quioscos de flores se les unen centenares de tenderetes cuajados de rosas de todo tipo, color y aroma. Los

libros también pujan por ocupar un lugar de preferencia en la calle, mesas cargadas de ellos se agrupan por doquier. Un río humano avanza lentamente inundándolo todo.

Nuria se desespera ante tanta gente. ¿No tendrán nada mejor que hacer que pasear estúpidamente? ¡Cómo si nunca hubieran visto las Ramblas! Lo único que se consigue es estorbar, viciar el aire, ensuciarlo todo y dar excusa a carteristas para hacer su Agosto en pleno Abril. “Los pobres que vivimos y trabajamos en esta calle no tenemos nadie que nos defienda, cualquier tontería lleva a la gente a invadirla, a empujar, a vaguitar, a errar sin rumbo y sin sentido”. Y ella tiene tanta prisa. Llega tarde, tal vez sea culpa suya por no ser más previsora, pero el día estaba tan agradable que se entretuvo más de la cuenta. Y ahora llega tarde y no hay manera de avanzar rápidamente entre la multitud. Sin duda tendría que irse a vivir a Suecia o Noruega, allí sí que son civilizados, nunca saldrían en masa, como corderos a pastar entre rosas y libros baratos.

El mimo ve pasar a la chica y piensa. Otra persona desgraciada. No soy el único. Pero la gente ríe con sus ocurrencias, sus posturas, su mímica. Sólo en días tan agradables como este se siente desfallecer, tanta armonía, tanta felicidad a su alrededor y sólo vacío en él. ¿Por qué sería mimo? ¿No era eso absurdo? Una niña le trajo una flor. Era una flor medio marchita, la niña no tendría más de diez años.

–Para ti.

–¿Por qué me das la flor? –Rompió su silencio de mimo, algunas personas del corro le miraron con reproche, desilusionadas.

–Porque estas triste, –repuso la niña muy seria–, y no es bueno que nadie esté triste...

Un lágrima surcó la cara del mimo. Tomó la flor entre sus manos y la besó con ternura.

–Gracias. –Dijo.

Unos metros más allá cambiaba el panorama de las Ramblas, las flores dejan paso al reinado de los libros. Aunque se suponía eran las mujeres quienes debían regalarlos,

los puestos estaban atestados por igual. Un hombre corría de un lado a otro de su mostrador, gotas de sudor perlaban su amplia frente, no tanto por el decidido sol del mediodía, que se filtraba agradable entre las ramas, como por el nerviosismo de las ventas. Decía a sus subordinados.

-Más caro. Si veis que hay interés aumentad el precio.

Le miraban extrañados. Se vendía estupendamente, pero tampoco era necesario exagerar.

Un día es un día, replicaba ante sus suspicaces miradas. En cualquier caso era el dueño de modo que podía hacer lo que le viniera en gana. “En el fondo”, pensó, “es un día horrible, muy estresante, lo único bueno es el dinero que ganaré hoy”. Luego pensó en la cena que le esperaba junto a su nueva novia en el restaurante de moda de la ciudad, pensó también en su apartamento, recién renovado. Sonrió feliz.

-No. Este no lo tenemos pero en cambio, Ken Follet ha sacado uno que...

Marga se empezaba a desesperar. No encontraba el libro que buscaba. Y tenía que hacerlo antes de las siete, porque a las siete había quedado delante de la Catedral con Javier. Estaba segura de que a él le encantaría. Se lo habían dejado leer hacía unos días y le había parecido fantástico, mezcla de humor, ironía y un toque de cinismo, divertidísimo. Además tenía un cierto mensaje que le vendría que ni pintado a su Javier.

-No. No lo tenemos.

-¿Qué libro?

-“La piedra redonda”.

-¡Ah! De Manuel F. Ramos. Sí, lo hemos tenido, pero se han agotado todos.

-No he oído hablar de él.

-Agotado.

-Agotado.

-Pues no, pero tenemos uno de Tom Sharpe que...

-De Manuel Ramos. Claro.

Marga sonrió complacida. Tenía los pies destrozados pero todavía estaba a tiempo. Cogió el preciado trofeo, lo abrió por la primera página y escribió:

*“La original, que es tuya,
te dedica esta copia,
para que sirva de valladar
ante mi tirano adorable”.*

Luego pensó: “Para la persona más importante de mi vida. Para mi vida entera”, pero no lo escribió, todavía no. Sí, era un día espléndido. Aspiró el aroma desprendido por cien mil rosas en el cálido aire primaveral.

El chaval pasó rozando a la chica que ocupada escribía una dedicatoria en un libro haciendo equilibrios entre la gente. Estaba muy emocionado. Era la primera vez que iba a regalar una rosa en sus quince años de vida. Sí, le había regalado rosas a su madre y a su abuela, pero no era lo mismo. Tal vez incluso le besaría. Apretó el paso.

El suave frescor de la tarde mezclaba el aroma de mil flores con el rancio sabor de los viejos libros, hojas largo tiempo no expuestas a la luz, a la curiosidad de manos inexpertas. Una agradable sensación de beatitud invade a los transeúntes que distendidos se pasean por las Ramblas.

“Es lo típico”, pensó el taxista mientras tomaba la mano de su mujer entre la suya, como cuando eran jóvenes.

-Mira a ese mimo, -dijo ella.

-Es muy bueno.

Se pararon a verle. Su espectáculo era a la vez triste y alegre, como la vida.

En una oficina de la Diagonal un hombre recibe un “e-mail”, o correo electrónico, en su ordenador. Es de una amiga que envía el último libro de la saga del Capitán Alatraste “attached”, es decir, adjunto al correo. Sonríe. Está cansado, ha tenido un día horrible, lleno de reuniones, presiones, todo el mundo le ha estado ninguneando. Pero no pierde el buen humor. No en Sant Jordi. Busca un rato por Internet y finalmente encuentra lo que busca. La foto de una rosa.

No es lo mismo, lo sabe, pero qué otra cosa puede hacer. Escribe un e-mail felicitando el día a todas las chicas que trabajan en la oficina, muchas de ellas tampoco han disfrutado nada del día, tampoco nadie les ha regalado una rosa, al menos todavía. Adjunta la foto, en formato “jpeg”. Con el ratón aprieta el icono de enviar. Sonríe satisfecho.

Un rato más tarde le responden, algunas, no todas. Las que valen la pena como amigas, las que todavía no tienen un corazón de neón.

“Gracias”. “Eres único”. “Casi nadie ha tenido el detalle”...

Piensa en lo sencillo que es hacer a la gente feliz, y lo complicado que nos resulta normalmente.

Poco a poco la ciudad pierde su animación, el sol hace tiempo que ya ha comenzado su retirada, cansado por las emociones del día, tiñendo a su paso el cielo de púrpura. Es curioso piensa Laia, la gente toma partido por amanecer o atardecer, no se dan cuenta de que en el fondo son la misma cosa. Gabriel había llamado diciendo que no vendría hasta más tarde. Una reunión imprevista. Curiosa la tendencia de ciertas personas a ignorar lo mejor de la vida, los pequeños detalles, como un paseo por las Ramblas el día de Sant Jordi, que nos la hacen soportable.

¿Qué habría hecho ella? ¿Se habría marchado dejando plantado a su jefe o habría llamado a Gabriel para pedirle paciencia? ¿Le amaba? Él se había venido a vivir Barcelona para estar cerca de ella, pero, ..., ¿le amaba? Tal vez le quería, seguro que le quería. Pero de eso a amarle...

Alguien le tocó el hombro.

-¡Gabriel!

Él sonrió ampliamente, entre juguetón y romántico.

-Me he escapado.

Una sonrisa iluminó su cara al tiempo que descubría el ramo de rosas rojas que Gabriel le ofrecía, doce rayos de atardecer.

“Está loco”, pensó.

-Estás loco.

-Por ti.

Juntos comenzaron a pasear por unas Ramblas que perezosas empezaban a vaciarse. Irían hacia el mar, a pasear por el puerto, y después a la playa de la Barceloneta a dejar vagar su imaginación por el río de luna.

“Mejor Sant Jordi”, pensó Gabriel, “mucho mejor Sant Jordi”.

Sueño

Se llama Boladji que en yoruba significa "el que ha nacido para ser feliz". Pasea por la otoñal Lisboa, con su raída chaqueta de franela y una gorra haciendo juego que protege su negra y rapada cabeza de la humedad que perezosa asciende desde las blandas aguas del Tajo.

Lleva ya varias horas recorriendo los vericuetos de la Alfama en busca de una primera edición de los "Poemas selectos" del gran Fernando Pessoa, tal vez su libro predilecto. Podría haberlo comprado en cualquier otra parte, en cualquier otra ciudad, incluso podría haberse conformado con una edición de bolsillo, pero él también era poeta y los poetas son seres extraños, especiales, únicos pero copias unos de otros. De modo que camina incansable, preguntando una y otra vez en todas las pequeñas librerías que halla a su paso, aspirando el aroma a viejo, a café torrefacto, a tabaco y carbón que le recuerda parte de su pasado y le hace sonreír melancólico. La sonrisa de Boladji era especial, franca, ancha, una sonrisa que abarcaba todo su rostro y cambiaba su terca habitual expresión por un universo de comprensión. Al punto deseabas ser su amigo, deseabas que te comprendiera, que te escuchara.

Unos niños juegan al lado de una fuente, el sol apático apenas si calienta sus mojadas ropas, pero ellos ríen felices, incansables e insensibles, como todos los niños. Por enésima vez un librero le niega su premio. Probablemente nunca lo encontrará. Estaba descatalogado, como casi todo lo que merece la pena, como su propio nombre, descatalogado, nadie nace ya para ser feliz. Recuerda el martini que se había tomado la tarde anterior en el café Martinho d'Arcada; como Pessoa, a fuerza de alcohol, soñaba un mejor destino, soñaba amores, viajes, soñaba soñar y

dejar de ser nadie. Recuerda un verso del poeta, "y lo que soy es un sueño que está triste".

Boladji suspira molesto, está cansado y se siente ínfimo, recuerda que en algún lugar de la triste Lisboa hay una estatua de Pessoa un tanto peculiar, tal vez no podría leer el libro, pero si consolarse viendo al poeta. En su gastada guía del turista halla la escultura, en la foto se ve a Pessoa sentado en la terraza de una cafetería como un cliente más, un cliente perpetuo, inmutable, hierático, todo lo contrario de lo que habría sido en vida. "A Brasileira", en el Chiado. Rebusca en su bolsillo, tiene suficiente para un taxi y un café.

El taxi recorre indolente las calles, espera en los semáforos el tiempo justo, la ciudad no es lo mismo vista desde el interior, pierde su ritmo, pierde su olor, su carácter. Es como ver un documental. Boladji piensa en sí mismo. ¿Por qué ha regresado a Lisboa después de tantos años? Su memoria traidora le devuelve a Carla, en todo su esplendor, en todo su dolor. La vieja pensión frente al Tajo, su cuerpo desnudo, dulce y suave, dulce y mortal. Borracho de recuerdos no escucha el precio de la carrera. Da demasiado dinero y el taxista se marcha satisfecho, contento de los estúpidos turistas que pueblan la ciudad de tanto en tanto. Besos, húmedo amor, húmedas lágrimas de poeta. ¿Es posible amar a una persona o sólo a un sueño? Una solitaria lágrima cae al suelo de la plaza, su triste sonrisa aflora de nuevo en su negro rostro. ¿Quién necesita lágrimas?

Se sienta en la terraza y pide un café. Creo en el amor, creo en ti, estoy tan enamorada de ti, mi poeta..., mi poeta negro como la hulla y blanco como la esperanza. Boladji ya sabía entonces que la esperanza no era blanca pero cómo contradecir a su paloma, como contradecir al amor más puro y elevado que nunca

encontraría. Mira a su alrededor, poca gente a esas horas, poca gente desafiando al traidor clima. Siente que le gustaría levantarse y gritar a pleno pulmón, gritar cuánto la quería, cuanto la echa de menos, gritar que todo aquel amor no era más que un gran excremento de cerdo, un jodido y maldito chiste sin final, gritar lo solo que se siente, gritar y llorar con rabia, gritar su soledad.

Una pareja se hace carantoñas, parecen felices. No les presta atención, en cambio aspira el fuerte y personal aroma del café portugués. De joven en su África natal no había café, de hecho carecía de todo salvo de sí mismo. Sonríe de nuevo, tampoco habían cambiado tanto las cosas. Se pregunta cómo le habría ido a Pessoa en su etapa africana. Luego su mirada se posa en otra mesa, hay una solitaria mujer, está tan inmóvil como la estatua de bronce de Pessoa. Piensa que tal vez ella también sea una estatua, o un sueño. Es hermosa, rubia, etérea, de mirada cristalina, una turista más en la agridulce Lisboa. Carla también era hermosa. Pero Boladji ha aprendido que la verdadera belleza se encuentra muy oculta; él es hermoso, sus versos lo son, tal vez la mujer sea una poetisa, la mira fijamente y descubre tristeza, dolor, melancolía. Nuestra alma se nutre de nimios detalles para sobrevivir; se nutre de una taza de café tomada en una pequeña plaza de Lisboa, se nutre de bellas palabras y de lágrimas.

¿Por qué será tan desgraciada como él? Tal vez todos lo seamos pero a algunos se nos note más que a otros. Imagina a la mujer paseando también por la Alfama, buscando un preciado trofeo, una colección de poemas del poeta triste, del poeta irreal, una primera edición descatalogada. La imagina luego en una pensión barata frente al Tajo, desnuda, piel sobre piel, amando, sintiendo, viviendo. La imagina sufriendo la pérdida de él. Triste, sola. Ella que podría haber estado toda la noche simplemente escuchando el aliento de su príncipe azul, de su amor soñado, que

habría podido pasar toda su vida en una dulce rendición. Y ahora todo lo que tenía eran recuerdos atesorados sin intención, recuerdos tan amargos como dulces los momentos que evocaban.

El camarero le indica amablemente que si no consume algo más tendría que marcharse. Únicamente a él le dispensan un trato así. Está acostumbrado por su color, pero todavía no quiere partir, de modo que pide otro café. Ya estaban solos ellos dos ocupando la terraza. Ella, pálida como la muerte, simplemente tiene ojos para la sentada estatua del poeta. Boladji se da entonces cuenta que la mujer sostiene algo sobre su regazo. Un libro. Un trofeo. Siente un estremecimiento que subiendo desde su alma atraviesa su corazón, una fuerza superior a él le obliga a levantarse y dirigirse hacia ella. Empieza a llover, lentamente, suavemente. Las gotas apenas si rozan su rostro, pero la mujer se levanta y presurosa se aleja.

Boladji se queda quieto, siente como cada momento es peor, tenía que llover para que ella se fuera, para mantener el orden, el equilibrio de las cosas. Ahora ya no tiene prisa, lentamente va calando la fresca lluvia en él, lluvia renovadora, como sólo sobre Lisboa puede caer. Pero, ¿y si la lluvia no mojara, y si ella regresara, y si el equilibrio en realidad no existiera? Y Boladji decide esperarla, esperar su regreso.

Y la mujer regresa a la cafetería, se ha olvidado su bolso, en su camino hay un hombre de color, negro como un tizón, con una sonrisa melancólica abarcando todo su rostro, una sonrisa franca, ancha, que la invita a contarle todo, a compartir su vida con él.

* * *

Boladji se despierta desnudo sobre la cama de la habitación de una vieja pensión frente al Tajo. Las blandas aguas del río hacían ascender perezosa a la matinal bruma heredera de la lluvia, fina como el pensamiento, de la noche anterior. Sobre la mesita de noche hay un libro de poemas, una primera edición de poemas seleccionados de Fernando Pessoa. Una rosa descansa sobre él. El ruido de la ducha se mezcla con el rumor de la cafetera, el aroma fuerte y personal del café portugués llena la estancia.

Boladji suspira y se encuentra a sí mismo esperando el regreso de su amor. Todo había sido un sueño y pronto Carla aparecería, desnuda como una diosa, se metería en el lecho junto a él y volarían hasta el cielo y aterrizarían en el paraíso. O tal vez no sería Carla si no la etérea y melancólica mujer de la cafetería, sueño de Pessoa y de una tarde de lluvia la que entrara. Cierra los ojos, ella se acerca suavemente y le besa, siente en sus manos la calidez de sus senos.

Te amo.

Como decía Pessoa, "la realidad no me necesita", se llamaba Boladji, que en yoruba significa "el que ha nacido para ser feliz".

Cuando hace frío hace frío

Cuando hace frío hace frío, eso es algo inevitable e indiscutible, por más que avance la humanidad, por más progreso y nuevas tecnologías que haya, cuando a la madre naturaleza (y madre no hay más que una) se le inflan las narices y le da por bajar las temperaturas, a uno se le hielan hasta los malos pensamientos.

Qué bueno sería que la coyuntura económica permitiera, al menos, construir estaciones cubiertas y convenientemente climatizadas a troche y moche; pero como bien sabían los sufridos usuarios de la línea 6 de RENFE, para que te cubran la estación tienes que tener la buena fortuna de pertenecer a un municipio con mucho dinero, o lo que viene a ser lo mismo, con mucha influencia política, vamos, que algún que otro ricachón, político o banquero viva en el pueblo, o al menos que se haya construido alguna chabola, hotelito o chalet para pasar el fin de semana lejos de la gran urbe y del mundanal ruido.

Se me rehiela el retuétano sólo de pensar en el frío intenso que uno tiene que sufrir para coger el tren de las 6:30 de la mañana en las frías, digo heladoras, mañanas de Enero. Y no sirven cálculos para minimizar la espera, no..., porque el tren, que es un señorito de los de antes, pasa con un amplio margen de diez minutos arriba, diez minutos abajo. No se rían ustedes, que veinte minutos a la intemperie no es para tomárselo a guasa, prueben, prueben a meter la cabeza en el congelador de casa durante veinte minutos...

Pero lo peor no es ya el frío. Es la mala leche. La mala leche que se le pone a la gente cuando tiene que salir de debajo de su cálido edredón (o mantas, los más conservadores), abandonar el cálido cuerpo que ha descansado a tu lado toda la noche (con suerte, se entiende), despertarse de golpe bajo la ducha (que al menos también suele ser cálida, salvo los típicos problemas de calentador en las mañanas de Enero), tomar media galleta y media taza de café, vestirse a caballo entre el recibidor, el ascensor y el Paseo de la Estación, hacer la última galopada para no perder el caballo de hierro y cuando por fin se llega, orgulloso de haber reducido en quince segundos el tiempo entre el gallardo salto de la cama y la apocada llegada a la Estación, se oye por los altavoces: "lamentamos comunicarles que el tren sufrirá un retraso de diez minutos..., por causas ajenas a RENFE", (por supuesto). Entonces uno piensa: "qué amables que lo anuncian", y a continuación recuerda a las familias, hasta la decimonona generación, de los que no han querido construir una estación cubierta y bien climatizada. Lo bueno es que el mal humor dura poco, porque en Enero se congela hasta la mala leche.

Era un tipo grandote, de cara ancha, rasgos honestos, francos, de esos que inspiran a la vez un cierto temor y una enorme confianza. Aunque llevaba traje y corbata, algo en sus movimientos revelaba que no se sentía cómodo con ellos, que estaban en cierta manera fuera de lugar, obligados tal vez por las circunstancias de la vida, digo..., del trabajo. Su

poder económico no era elevado, aunque conocer ese detalle requería de ciertas capacidades deductivas tales como observar su gorro, de lana barata y para nada conjuntado con el traje ni con el abrigo, que era todavía más vulgar que el gorro; si bien para los deductores avanzados, habría simplemente bastado con suponer que alguien con dinero se iría a vivir a un pueblo con estación cubierta y agradablemente climatizada.

La gente de los pueblos, aunque helada, no pierde nunca su capacidad de crítica y observación profunda de las cosas. Así que, a pesar del rostro honesto y franco del sujeto, se mantenían convenientemente apartados de él. Tal vez no demasiado, media docena de metros quizá, pero al buen observador le basta y sobra para darse cuenta de que el tipo era un recién llegado al pueblo. Y el buen observador habría estado en lo cierto, porque había venido a vivir al pueblo durante el mes de Diciembre.

El día que nos ocupa en este relato, un lunes para ser exactos, hacía un frío especialmente virulento y el muy educado altavoz había anunciado un retraso extra de unos diez minutos por congelación de la catenaria o concatenaria o vaya usted a saber qué. La gente lanzaba suspiros de resignación, maldiciones por lo bajo y recuerdos a la familia de la dueña de la muy agradable voz del altavoz (aunque la pobre no tenía en realidad la culpa de nada salvo, tal vez, de una falta de solidaridad absoluta con los que se hielan de frío).

El tipo grandote, cuyo nombre no vale la pena mencionar, hizo entonces algo diferente, algo que dejó a todo el mundo sin aliento.

Empezó a bailar.

En realidad nadie lo había advertido todavía, pero cada día bailaba mientras esperaba al tren. Y era de veras complicado darse cuenta porque el hombre bailaba hacia su interior, y lo más que se percibía era un rítmico movimiento de su cabeza (que muchos tomaban por un tic o por simple y puro frío). Pero esta vez empezó a bailar abiertamente, con todo su cuerpo, como saliendo del armario.

Y de veras que lo hacía bien, como esos negros del Harlem que se ven en las películas de Hollywood, con un ritmo envidiable, armonizando su cabeza, sus manos, sus pies. Todo él bailaba y bailaba. Vamos, que en una discoteca le habrían hecho corro al instante. Pero en la estación..., y con el frío que hacía..., y siendo un recién llegado al pueblo...

Además existía otro factor curioso a tener en cuenta. El tipo no podía escuchar música, hartamente necesaria para marcarse un buen baile, por ningún lado: no había música ambiental, ni tenía puestos unos auriculares, ni llevaba un radio cassette al hombro, nada de nada.

Y los diez minutos de espera bailó mientras pasaban trenes (de los llamados semidirectos) a toda castaña, mientras no pasaba ninguno y mientras todos los demás en la estación murmuraban y comentaban y cuchicheaban (hecho que les hizo sin duda más llevadero el congelante frío) hasta que llegó el esperado tren.

Desde ese día nada más llegar a la Estación nuestro tipo grandote se ponía a bailar.

Y así continuó durante una semana.

Y de nuevo fue lunes.

Y de nuevo el frío fue más intenso, mejorado por el hecho de una suave nevada en la noche del domingo.

Y nuestro grandullón de rostro franco volvió a bailar, como de costumbre, a media docena de metros del resto de la gente que seguía cuchicheando y chismorreando al respecto.

Pero ese día también vino a tomar el tren una..., ¿cómo definirla? Una mujer en esa edad indefinida en la que ya se considera demasiado mayor para el trabajo pero joven para considerarla anciana. Una mujer al borde de la prejubilación. Normalmente ella siempre cogía el tren de las 7:15 pero le habían cambiado el horario. Estaba de un terrible mal humor, como bien se puede suponer, porque a ella le gustaba su trabajo y no tenía ganas de prejubilarse y todavía menos de tener que madrugar más el último mes que le quedaba de trabajo.

Ese día, como hemos mencionado, el frío era tal que podría congelar hasta el fuego de un mechero, sin embargo, la mala leche de nuestra mujer, cuyo nombre tampoco viene al caso, era incongelable. De modo que se acercó al bailarín de estación y sin presentaciones ni buenos días le espetó:

—¿Pero tú eres tonto o qué?

El hombre se quedó helado, aunque no de frío precisamente, y dejó de bailar. Media docena de metros más allá se escuchaban alternativamente murmullos de aprobación a la mujer, "agradables" apodos dirigidos al bailarín y alguna que otra expresión popular, para muestra un botón: "gilipollas", "está como un cencerro", "será tonto el tío, vaya show que está montando"...

—¿Se puede saber qué haces?

—Bailo.

—Ya lo veo que bailas. ¿Pero no te das cuenta que haces el ridículo?

Hay que considerar, llegados a este punto, que la buena mujer tenía ganas, por una parte, de pegarle una santa bronca a alguien, no importaba de hecho a quién, y por otra, de no permitir que alguien hiciera el "gilipollas" con su vida...

—¿Por qué? —Respondió el hombre.

—Por tres motivos. Estas bailando sólo. Estamos en una Estación con un frío que ya quisieran los pingüinos en su casa. Y todos se ríen de ti porque lo haces sin música.

El hombre se quedó en silencio mirando a la buena mujer. Ella se quedó en silencio mirándole a él.

Luego empezó a reírse. Su risa era franca, abierta, sincera.

–Bailo porque me gusta y por tres motivos. Primero para bailar no hace falta la compañía de nadie. Segundo bailar es muy sano porque no engorda, desentumece los músculos, reduce el estrés y hace que el frío sea más soportable..., el único problema que tiene es que..., “engancha”, como las drogas, ya sabe. –Otra vez su risa franca, abierta y sincera–. Y tercero nadie escucha la música porque la música no se oye por las orejas, se oye con el corazón.

La mujer no dijo nada. Simplemente se le quedó mirando.

Finalmente musitó. ¿Y qué es lo que oyes?, preguntó.

Él cogió la mano de ella, la puso sobre el pecho de ella (para gran cuchicheo de la afición que seguía mirando a media docena de metros) y le susurró al oído.

–Tup, tup..., tup, tup... (*Nota del autor. Leerlo como si fuese el latido del corazón*).

Y luego susurró:

–Tup, tup, taram, chip, xip, tup, tup, xasss, tup, tup...

(*Nota del autor otra vez: Es muy, pero que muy difícil imitar la música escribiendo, así que piensen en una especie de rap a capella con sonido de fondo del corazón*).

Y mientras iba canturreando, él mismo puso la mano sobre su pecho y comenzó a mover rítmicamente la cabeza.

La mujer comenzó a sisear la musiquilla tímidamente y sin darse cuenta su cabeza se enganchó al ritmo. El hombretón sonrió, se apartó de ella y continuó con su baile.

Ella miró al grupo de gente, media docena de metros más allá, y los vio muy lejos. Luego a su movimiento de cabeza le siguieron los hombros y luego los pies y las manos. Y empezó a bailar.

Desde ese día, nada más llegar a la Estación nuestro tipo grandote y la mujer se ponían a bailar juntos.

Y así continuó durante una semana.

Y de nuevo fue lunes.

Y de nuevo el frío fue más fuerte todavía, pero esta vez sin la mejora por nevada, sólo ayudaba una terrible helada que había dejado todo de un blanco puro e inmaculado.

A estas alturas el hombre de rostro franco y la mujer al borde de la prejubilación se habían conjuntado bastante y casi podría decirse que formaban una buena pareja de baile.

Todo habría seguido igual, pero ese día llegó un niño con su madre. Tendría tal vez unos doce años, iba bien vestido y muy abrigado, tanto que sólo se le veían los ojos. Obviamente se situaron en la banda de los cuchicheadores susurrantes y miraron a los especímenes bailadores sin música con ojos críticos.

Pero el niño hizo algo insólito. Se soltó de la mano de su madre (fácil entre tanto guante protector) y corrió hacia la pareja. Se plantó ante ellos y dijo en voz bien alta.

–¡Qué guay! Bailáis sólo con el corazón... ¿Puedo?

Y el hombrón de rostro franco se acercó a él, tomó su mano, se la puso sobre el corazón y canturreó:

–Tup, tup, taram, chip, xip, tup, tup, xasss, tup, tup...

El niño por supuesto lo pilló enseguida y empezó a bailar con ellos. Pero la madre le tomó de la mano e intentó alejarlo de allí.

Y aquí empezó el follón porque nuestra bailarina la detuvo, se acercó a ella y muy seria le dijo que dejara al chico bailar, que no le estropeará la vida por el qué dirán, que la música se escucha sólo con el corazón. Y tomando la mano de la preocupada madre se la acercó a su pecho y le susurró:

–Tup, tup..., tup, tup...

El niño aprovechando se puso a bailar con el hombretón.

Y al cabo de un rato bailaban los cuatro.

Y así continuó durante un par de días hasta que se les unió una viejecita que iba cada día a ver a su nieta a la ciudad.

Y luego un rechoncho señor que trabajaba de oficinista.

Y una joven que estudiaba Derecho.

Y al cabo de dos semanas, todavía con un frío de tres pares de narices, casi todos bailaban mientras esperaban al tren. Obviamente, porque estamos en un país muy plural y libre sin duda, siempre quedaba alguien en el pequeño grupo de susurrantes cuchicheadores, media docena de metros más allá.

La gente iba medio dormida en el tren de las 6..., hacía frío y era bueno estar sentado en un tren semidirecto y bien climatizado. En general, el tren pasaba a toda castaña por

la mayor parte de las estaciones, pero ese día, por un problema de congestión en la línea, se detuvo en la de un pequeño pueblecito.

Todos se pegaron a las ventanas. La mayor parte de las quince personas que esperaban al tren estaban bailando, todas en línea, como si de un musical de los sesenta se tratara, en el andén. Lo bueno, lo mejor, del caso es que no había música para bailar, ni llevaban auriculares, ni tenían un radio cassette, o un compac disc portátil, nada. Eso sí, parecían la mar de felices (aunque esa es una apreciación y por supuesto no tiene por qué ser tomada al pie de la letra).

Alguien murmuró.

–¡Pero qué gilipollas! Hay que ser tonto, tonto para montar ese numerito. Fíjate, si bailan sin música..., ¿se creen que así llamarán la atención? Desde luego lo que hay que ver.

Y el tren arrancó dejando en la estación a los bailarines.

Justo antes de volver a dormitar, releer libros, charlar de vanos asuntos o simplemente mirar a las musarañas casi todo el mundo pensó: “Pero qué gilipollas....”.

Locura

Sin duda estaba loco.

Al menos eso era lo que toda la gente le repetía sin cesar.

–Estas loco.

Al principio se encogía de hombros y dejaba pasar el comentario..., palabras perdidas en el espacio, lanzadas sin mayor sentido, que duraban apenas un instante. Pero a medida que pasaban los días, escuchaba una y otra vez la misma retahíla.

–Estas loco.

A su novia y a su madre se les había unido la vecina del cuarto, su hermano Javier, su amigo Luís y hasta el abuelete del estanco en donde día sí, día también compraba su paquete de Ducados.

–¿Estas loco? ¿Ducados? –Le dijo un chaval al que no había visto en su vida.

–No. No estoy loco.

Era la primera vez que respondía directamente a la acusación, sin embargo su voz no había sonado demasiado convincente. De hecho, todo el mundo en la tienda le había mirado pensando: “Vaya, este tipo está como una cabra..., está bien loco...”. O al cuanto menos esa había sido su impresión en aquel momento.

–¿Y qué?

Tampoco es tan grave estar loco. Decenas, cientos, miles de personas lo están... Aunque tal vez muchas lo ignoren por completo y no dispongan de nadie tan amable para revelárselo..., como hacían con él.

Pero sin duda se trataba de una conspiración, pensó, por lo que no debería preocuparse. Quizá una broma de mal gusto de Luís o de Raúl.

–¿Estás loco o qué!? –Gritó la chica.

Bueno, era verdad que casi la arrolla con su bicicleta, pero podría haberle gritado algo así como:

–¡Capullo! A ver si tenemos más cuidado. ¡Gilipollas!

Rememorando cuando decidió abandonar la carrera de Ingeniería y pasarse a Psicología le había dicho su novia, la de antes, la primera que tuvo.

–¿Estás loco? Pero si estás ya terminando... ¿Qué futuro tendrás como psicólogo?

Él se había encogido de hombros. Tampoco le había dado demasiado importancia por aquella época.

Además no le iba nada mal como psicólogo; colaboraba con las secciones de recursos humanos de las grandes empresas, daba clases en la Universidad e incluso tenía un consultorio.

Por otro lado había conocido a su actual novia en la biblioteca de la Escuela. Aunque ella era psiquiatra.

Últimamente la gente le miraba mal. Sí, un poco estrafalario sí que lo era..., pero hay mucha gente así en la capital..., tal vez no tanta..., pero no por vestir raro se está loco, ¿no?

Tampoco había hecho el servicio militar, había aducido una serie de patologías extraídas de uno de los grandes tomos recomendados por su tutor como la lectura complementaria ideal para la carrera. El resumen del tipo que le había entregado la carta eximiéndole de prestar el servicio militar fue:

–Estas loco, ¿verdad?

Se había encogido de hombros y había sonreído.

–Claro. Pero no es peligroso.

Tal vez siempre haya sabido que la locura estaba dentro de él, tal vez por eso eligió la psicología, tal vez para poder ayudarse a sí mismo. O tal vez no...

–Pero bueno..., ¿qué locura es esta? –Había exclamado la responsable de relaciones humanas cuando había propuesto a la persona menos indicada para suceder a un directivo que se había marchado a la competencia.

–¿La menos indicada? A mí me parece una excelente persona, muy capaz.

–Sin demasiada experiencia en el tema, ni siquiera la tiene dirigiendo...

–Pero es agradable, sabe hablarle a la gente, comprometerse y sus ideas son muy cuerdas.

–Estas loco.

Razón de más, quien mejor que un loco para descubrir a una persona cuerda.

Lo que no tenía muy claro todavía era el tipo de locura que padecía. Porque existen multitud de variedades, los hay que tienen ataques de pánico, de ansiedad, los hay que no pueden controlar su furia, o su desesperación, los hay que se evaden de sí mismos, buscando otra personalidad mejor, e incluso hay personas que se encierran tanto entorno a ellas mismas que luego ya no son capaces de volver a salir.

Pero su locura no cuadraba dentro de ninguna de las anteriores..., era tal vez una locura de carácter general, una locura reconocida por todos, quizá la forma más simple de locura.

¿Tendrá cura?

–¿Quieres venir con nosotros a ver el partido del Madrid? Palco.

–No.

–¿No?

–No.

–¿Por qué?

Como de costumbre, encogerse de hombros era una buena respuesta.

–Tal vez lea algo de Coelho...

–¿Sábado noche? Estas loco...

–También lo está él.

Entonces es el otro quien se encoge de hombros. Ya se sabe que con locos no hay discusión.

–Cásate conmigo. Tengamos niños. Vayámonos a vivir a Tahití. Te amaré siempre...

Ella abrió la cajita que él le daba. Dentro había una extraña piedra engarzada en un collar de hilo. Miró interrogativa.

–La piedra pómez, –dijo él sencillamente– siempre flota. Nunca se hunde.

Ella movió la cabeza lentamente.

–Estás loco –sonrió–, y eso es precisamente lo que me encanta de ti.

Le besó.

Sí. Sin duda estaba irremediabilmente loco.

Intolerancia

Él la anulaba completamente.

Todavía recordaba cuando le conoció, tan joven, tan guapo, tan amable. La había invitado a cenar y al día siguiente le había regalado dos docenas de rosas.

Y a ella le gustaban las rosas.

Tal vez fuese su propia culpa, nunca había sido muy guapa, ni muy lista. Además después de haber tenido la niña, su cuerpo se había deformado mucho. Pero él tampoco había ayudado con sus comentarios despectivos, sólo había contribuido a deprimirla más. Y cuando estaba deprimida comía y comía.

Todavía recordaba la siguiente vez que él le había regalado rosas. Fue después de recibir su primera paliza. Paliza física porque moralmente ya estaba, por aquellas alturas, bastante destrozada. Él le recriminaba todo, no haber tenido un hijo varón, no tener cervezas en el frigorífico, no tener un trabajo, descuidar las tareas del hogar, intentar buscar un trabajo...

–¡Estás como una vaca marina! –Gritaba.

Sabía que nunca se debería haber callado. Lo sabía. Pero ya era tarde, ya no podía responderle, sólo callar y aguantar. Pero aquel día él estaba especialmente furioso, no sólo le gritaba por cualquier cosa sino que su silencio le ofendía todavía más.

–¡Putas! –Gritó al tiempo que la abofeteaba.

Ella agradeció que no estuviera la niña en casa, que estuviera con sus abuelos. Él la desnudó, a fin de cuentas todo era de él, todo lo había pagado él, todo le pertenecía, incluida su ropa. Eso había sido lo peor, sentirse desnuda, indefensa, no tenía nada, ni siquiera era dueña de su propia vida. Él la golpeó con saña hasta que ella perdió el conocimiento.

Se había despertado desnuda, dolorida y ensangrentada en la galería, junto a la lavadora. Sintiendo asco de sí misma, sintiéndose vacía, inútil. Incluso la había violado en su semiinconsciencia. Sin embargo lo que más la había preocupado era que la niña podría regresar en cualquier momento y encontrarla ahí. ¿Cómo lo explicaría? Pero había sido él quien regresó cargando dos docenas de rosas y llorando arrepentido, como un niño que hubiera hecho una travesura.

Y a ella le gustaban las rosas.

* * *

El viejo vagabundo suspiró profundamente.

El día no estaba siendo provechoso, normalmente estando sentado en aquella esquina de la Rambla se podía sacar suficiente dinero como para comprarse una botellita de vino y comer un bocadillo de chorizo. Pero hoy la gente le ignoraba, ni siquiera su gato parecía tener ganas de estar a su lado y al cabo de un rato se escapó ingrato.

Intentó levantarse. Le dolían las articulaciones a horrores, fruto de la intemperie y del crudo invierno que había sufrido la ciudad, pero lo que más le molestaba era el deseo, cada vez más intenso, de tomar un traguito. El deseo de escuchar en su cerebro ese *click* que le indicaba que sí, que ya estaba suficientemente borracho como para no tener que pensar.

Porque el vagabundo pensaba muy a menudo. Recordaba su vida, las cosas que había hecho, y peor todavía, las que nunca había llegado a hacer. Pensaba que por culpa de indeseables como el magrebí que ocupaba la esquina opuesta se encontraba en el estado que se encontraba.

El moro tenía una técnica mejor que la suya, en lugar de estar sentado estaba de rodillas. La gente indefectiblemente le daba las monedas a él. ¡Qué se fuera a su

país a mendigar! Ni siquiera los mendigos locales tenían nada que hacer contra gentuza así.

Pero sin duda lo peor de su vida era tener que compartir habitación con la negra. Se había negado, había gritado, había hecho todo lo humanamente posible por no tener que dormir cerca de aquel ser despreciable, pero los agentes sociales habían sido muy estrictos.

—O compartes cuarto con ella o te echamos a la calle.

En otras circunstancias se habría marchado, pero ahora estaba enfermo, necesitaba atención médica y un techo donde cobijarse de las húmedas y frías noches de febrero.

Decidió regresar al albergue. Con suerte estaría dormido cuando llegara la negra.

* * *

Después de la primera paliza todo había cambiado. Él parecía haberse reformado de veras, casi no se metía con ella, incluso le traía de vez en cuando una rosa a casa.

Y a ella le gustaban las rosas, vaya que si le gustaban.

Comenzó a adelgazar. Ahora encontraba por fin sentido a hacer dieta. No es que todo fuese como al principio pero ya le había advertido su madre que todos los hombres son iguales, sólo piensan en llenarse la panza, el fútbol y el sexo, por ese orden; ya le había advertido que por muy buenos y amables que parecieran al principio tarde o temprano se volvían toscos, huraños, malhumorados. Eso era lo natural y había que aceptarlo, había que ser paciente.

Y ella era paciente. Además su hija sin duda se lo agradecería, era por su bien. En el fondo casi podría decirse que era feliz.

Hasta que un día le sorprendió en la calle besando a otra mujer. No pudo evitarlo, se quedó allí, en mitad de la calle, petrificada, llorando. No es que supusiera que él siempre le hubiera sido fiel, en el fondo casi le traía sin cuidado, pero la mujer a la que besaba era su mejor amiga, su amiga del alma. Había regresado a casa y había actuado como si nada hubiera sucedido. Estaba dispuesta a olvidarlo, ¿qué otra cosa podría hacer? ¿Qué tenía en la vida? ¿Dónde iría si no?

Casi parecía que iba a poder superar el trauma cuando un día él llegó borracho a casa despotricando. Decía cosas horribles contra los negros, contra las mujeres, contra los moros de mierda que invadían el país.

—Es una vergüenza. Todo está lleno de mierda extranjera. Vienen aquí y lo ocupan todo. ¿Y ahora qué? Ya lo decía yo, se empieza por dejar trabajar a las mujeres y cuando te das cuenta tu jefe es un maricón que lo único que quiere es darte por el...

Ella había intentado calmarle. Sabía que era misógino, que odiaba a los extranjeros, que era un intolerante pero nunca le había visto tan excitado, ni tan borracho.

—Habría que matarlos a todos. ¡¿Cómo pueden despedirme y contratar a esa escoria?! —Gritó.

Entonces ella había mandado a su hija a su habitación.

—¡No! ¡Que lo escuche todo!

—No creo que sea lo más aprop...

No había terminado la frase cuando un puñetazo la tiró al suelo.

—Vaca marina! No te atrevas a levantarme la voz. ¡Nunca!

Y comenzó a golpearla. Una y otra vez. Casi no se dio cuenta cuando su brazo se quebró y casi agradeció que él pusiese sus manos en su garganta y dejase de golpearla. Ya le faltaba el aire. Lo peor sin embargo era dejar este mundo teniendo como última visión su cara de odio.

* * *

Finalmente había encontrado una botella medio llena de vino. A esas alturas de su vida con un par de tragos le bastaba, escuchaba el *click* y volvía a ser feliz. Ahora sólo tenía que ser capaz de llegar hasta su triste cuarto y dormir profundamente antes de que llegase aquella apestosa cerda africana.

Aunque no era en realidad muy viejo, la mala vida que había llevado durante los últimos años había dejado profundas marcas en su cuerpo. De algún modo sabía que no le quedaba ya mucho tiempo en este mundo, sin embargo tampoco se sentía triste por ello. No le había tocado vivir una buena vida. Sin duda Dios se había confundido con él, en otra época habría sido todo muy distinto. Él podría haber sido como Hernán Cortés, o como Gonzalo Fernández de Córdoba, un gran conquistador, un gran capitán.

El vagabundo unía a su cojera la borrachera y se balanceaba de un lado a otro de la callejuela.

Un grupo de niños bien, de esos bien vestidos, educados en escuelas de categoría y que disponen de una renta al mes mayor que la de muchas familias, se acercaba en sentido contrario.

El viejo pensó, entre los vahos del alcohol, que su país, su ciudad debería ser para gente como ellos y no para la gentuza de otros lugares que venía a usurpar su lugar. Pensó que sólo jóvenes como los que se acercaban serían capaces algún día de hacer que las cosas volvieran a la normalidad y que nunca más sucediera lo que le había sucedido a él.

—¡Mirad a ese borracho de mierda!

* * *

Su hija la había salvado en última instancia. Se había arrojado sobre su padre y le había golpeado con la sartén. Como en las películas. Ahora se encontraba internada en una habitación del hospital de Sant Pau. Su amiga del alma estaba a los pies de la cama, portaba dos docenas de rosas rojas y lloraba amargamente.

Y a ella le gustaban las rosas.

Nunca más volvió a verle.

Sabía que otras mujeres no habían tenido tanta suerte como ella. Sabía que otras acababan muriendo o peor todavía, acababan sus días soportando bofetones, injurias, intolerancia. Ella fue más afortunada. Descubrió que tenía amigos, que tenía amigas, buena gente que se preocupaba por ella y por su hija. Se las llevaron lejos de allí, lejos de él. Ella y su hija iniciaron una nueva vida en otro lugar.

Nunca quiso saber demasiados detalles, sólo supo que su amiga del alma había contratado a la mejor abogada de la ciudad y que ésta había conseguido una orden judicial para, no sólo evitar que él volviera a acercársele, sino para que se le confiscaran la mitad de sus bienes y se le entregaran a ella.

Nunca más quiso saber de él. Y en verdad que había conseguido reencontrar la felicidad junto a otro hombre, aunque le había costado mucho hallar dentro de ella la luz, la confianza, la fuerza necesaria para iniciar otra relación. Sin embargo era el mejor ejemplo para su hija, no dejar que el odio habitara su corazón, no dejar que se nublara de amargura y desilusión. Y así beso a beso, vivir de nuevo.

* * *

Los cuatro jóvenes empezaron a golpear al viejo vagabundo, sin piedad, con una gran y cínica sonrisa en sus caras. Gritaban que tenían que limpiar a la ciudad de la escoria, de los borrachos de mierda que la ensuciaban. Que ellos por fin iban a poner orden. Estaban bastante borrachos, pero sus golpes eran demoledores. El

viejo sintió como se le rompían las costillas, como su cabeza retumbaba y pronto no fue ya capaz de moverse.

Sin embargo su mente se había despejado milagrosamente y recibía cada puñetazo, cada patada con una humildad asombrosa. Ahora, le dijo su mente, sabrás por fin lo que se siente al no ser nada, al no tener nada, al sentir la impotencia más absoluta. Sabrás por fin lo que significa la injusticia, la intolerancia...

—¿Por qué a mí? ¿Por qué ahora? —Acertó a murmurar el viejo.

En realidad se lo preguntaba a su clarividente mente, pero los jóvenes se lo tomaron como una ofensa personal. El “cabecilla” se abalanzó sobre el vagabundo y empezó a estrangularlo. El viejo fue consciente que iba a morir y tuvo miedo. Sabía que le esperaba el infierno. Sabía que nunca había pedido perdón por sus pecados y que eran muchos. Y sabía también que no quería abandonar este mundo teniendo como última imagen la mirada de odio de aquel chaval.

Nunca supo a ciencia cierta como aquel magrebí que le hacía la competencia en su esquina predilecta, y que más tarde se enteró que se llamaba Haleb, había conseguido ahuyentar a los jóvenes. Pero lo había conseguido. Nunca supo a ciencia cierta como el destino le acercó a su negra compañera de habitación, y como el destino la había enseñado a realizar curas de primera urgencia, y como ella le había recuperado de entre los muertos.

Sólo supo que lo primero que vio fue su negra cara y sus grandes ojos azabache, y que lo primero que vio en ellos fue amor, dolor por un ser que sufre, comprensión.

Empezó a llorar.

Lloró como nunca había llorado en toda su vida y con cada lágrima su alma se iba limpiando del odio, del rencor, de la intolerancia que había ido acumulando durante toda su vida.

Lloró por sí mismo, lloró por todos a los que había hecho daño, lloró por la injusticia que había en el mundo, lloró por toda la gente que no lloraba y por la que no tenía quien le llorase.

Y al final perdió el sentido.

* * *

Dos docenas de rosas.

A ella le gustaban tanto las rosas. Era de lo más romántico que su amor se las regalase. Paseaban por la Rambla de las flores y mientras ella miraba distraída a un mimo, él se las había comprado. Hacía más de veinte años que no regresaba a Barcelona. No había estado segura de tener el valor suficiente para regresar a la ciudad pero al final se había dejado convencer. Y ahora no se arrepentía, estaba disfrutando cada segundo.

Entonces le vio, o creyó verle.

Aunque no se parecía demasiado a aquel animal que la golpeaba, que la humillaba, que incluso intentó matarla. ¡Con lo hermosa que es la vida! ¡Nadie tiene derecho a matar a nadie!

Pero no podía ser él, iba de la mano con una negra y conversaba con un magrebí. Él nunca lo haría. Sus ojos se cruzaron.

Sí. Era él. Y su mirada le dijo.

—¡Qué guapa estás! ¿Sabes? Lo siento en alma. Lo siento muchísimo. Pero ya he aprendido, y para morir en paz sólo necesito de tu perdón. ¿Me perdonas?

Ella se quedó perpleja. ¡Nunca iba a perdonar a aquel cerdo! Se lo había jurado mil veces a sí misma. Bajó sus ojos al suelo. Pero luego se obligó a levantarlos de nuevo y mirarle cara a cara. Ella no se había dejado vencer, había resurgido de la

nada y ahora era feliz. Él, era obvio, había sido un desgraciado, pero ahora resurgía también. ¿Qué derecho tenía ella a no perdonarle? ¿Qué derecho a alimentar odio, viejos rencores? ¿Por qué no hacerlo? ¿Si no lo hiciera sería tan intolerante como lo había sido él?

–Te perdono. –Le respondió con los ojos.

–Gracias. –Repuso una mirada llena, por fin, de paz.

Siguieron su camino entre la multitud que abarrotaba las Ramblas.

–¿Quién era? –Preguntó su amor.

–El pasado.

–¿El pasado?

–Piensa que el pasado es como una acuarela inacabada. Siempre podemos retocarla para terminar haciéndola perfecta, siempre podemos...

Se giró y vio a aquel vagabundo que una vez había llamado marido besando cariñosamente a la mujer negra.

Ella sonrió y apasionadamente besó también a su amor.

La Tentación

Normalmente apenas un susurro bastaba.

Una leve indicación, una imagen difusa, una palabra perdida y la gente pensaba y actuaba exactamente como él quería. La gente es fácil de dominar, casi todos están llenos de buenas intenciones, pero carecen del carácter, del autocontrol suficiente para resistirse a una tentación.

El diablo sonrió para sus adentros. "Lo mejor", pensó, "es que en el fondo creen que las ideas provienen del fondo de su corazón y que lo único que hacen es seguir sus propios impulsos, ejercer su voluntad...".

Sin embargo aquel niño se le resistía. Era ya la cuarta ocasión que intentaba infructuosamente doblegar su voluntad. Y no es que él fuese infalible, siempre hay personas que resisten más que otras, que disponen de la entereza suficiente para seguir su camino imperturbables, pero este caso era diferente. El niño apenas contaba once años, su personalidad no debería estar todavía definida.

¿Con qué nueva tentación podría obsequiarle?

El niño paseaba por la calle, tenía hambre, siempre tenía hambre porque su familia no disponía de demasiado dinero y era el menor de cinco hermanos. La ocasión era perfecta. Apetitosos pastelillos se asomaban curiosos al mundo en el escaparate de la pastelería de la esquina. El niño siempre se paraba a mirarlos con ojos golosos, comiéndoselos mentalmente todos, uno a uno, pero nunca había podido entrar y realizar, aunque fuera parcialmente, su sueño.

“Esta vez”, pensó el diablo, “tendrás con qué comprarlos”.

El hombre caminaba unos pasos por delante del niño. Repentinamente se detuvo y comenzó a estornudar. Entre estornudos maldijo su alergia al tiempo que buscaba su salvador pañuelo del bolsillo del pantalón. Pero el pañuelo no salió solo. Ante los ojos del niño una cartera, visiblemente cargada de billetes, buscó también la luz del día. El hombre no se dio cuenta de que su cartera yacía ahora sola sobre la acera y siguió su camino entre estornudos y juramentos.

El diablo sonrió divertido.

-¡Et voilà! La tentación está servida.

Un rato más tarde el niño paseaba feliz comiéndose el pastelito más hermoso del escaparate. A su lado un hombre, el dueño de la cartera, le acariciaba orgulloso la cabeza.

-Pocos niños, -dijo-, son tan honestos como para devolver intacta una cartera con tanto dinero dentro.

El niño no contestó estaba muy concentrado comiéndose su pastel.

-Ahora, -continuó el hombre-, debo irme para entregar este dinero a su dueño, que a mí tampoco me pertenece, yo sólo soy un pobre mensajero. Escucha. ¡Sigue así! Ya ves que las buenas acciones siempre se pagan.

El niño sonrió entre la crema que cubría su rostro y continuó feliz su camino.

“Tal vez sea un enviado de Dios”, pensó el diablo. Es bien sabido que los enviados disponen de protección especial, por lo que carece de sentido intentar tentaciones con ellos. Eso, juzgó, no era del todo justo, pero eran las normas del juego, siempre había sido así.

-No lo eres, ¿verdad?

-¿Qué? -Respondió el niño.

-Un enviado.

El niño miró extrañado al desconocido que caminaba junto a él. El diablo sonrió tranquilizador.

-No, sin duda no lo eres. ¿Cómo te llamas?

-Daniel, ¿y tú?

-Yo no tengo nombre.

-¿Por qué?

-Pues..., porque no lo necesito.

-Entonces, ¿cómo te llama la gente?

-No me llaman porque no pueden verme.

-Pero yo te veo.

-Sí, tú sí.

-¿Por qué?

-Haces demasiadas preguntas.

-¿Es eso malo?

-Sí.

-¿Por qué?

El diablo sonrió de nuevo. No estaba acostumbrado a hacerse visible a las personas y mucho menos a conversar con ellas, nunca lo necesitaba, pero la verdad era que estaba disfrutando de ello.

-¿Sabes quién soy?

-No. Y además no me has dicho cómo te puedo llamar.

-Llámame diablo.

El niño le miró con ojos como platos entre asombrado y curioso. Nunca había visto a un diablo.

-¿Eres el Demonio?

-No. No. Yo no he dicho eso, yo soy sólo un diablo.

-Entonces, ¿hay más como tú, no?

-Sí.

-Luego deberías tener un nombre, ¿si no como te llaman tus amigos? -
concluyó el niño triunfante.

-Yo no tengo amigos.

-Pero entonces...

-¡Basta ya! Serías incapaz de pronunciar mi nombre, hacen falta siglos para ello porque mi nombre crece conmigo desde siempre. Llámame simplemente diablo. ¿De acuerdo?

-Sí.

-Bien.

-Y... ¿Por qué te puedo ver?

-Porque no estaba seguro que fueses un enviado.

-¿Por qué no lo estabas?

-Porque no caes en mis tentaciones.

-¿Cuáles?

-No importa. -El diablo comenzaba a sentirse molesto con la situación. Se suponía que él debería controlar la situación y no un niño de apenas once años.

-¿Para qué sirven las tentaciones?

-Esa es -repuso el diablo-, una buena pregunta. Muy inteligente... Verás, las tentaciones sirven para retener a la gente aquí en el infierno.

-En el infierno..., -repitió el niño pensativo.

-Sí.

-¿Estamos en el infierno?

-Sí.

-No lo entiendo, no parece tan mal lugar como dicen.

-¿Quién dice que lo sea?

-Pues mi papá, mi mamá, el profesor, el cura de la iglesia del barrio, el...

-Vale, vale... Todos ellos se equivocan. No saben de qué hablan, les han llenado la cabeza de pájaros. Créeme, estamos en el infierno.

-Entonces, ¿estoy muerto?

-Claro que no. De otro modo no estarías aquí. Todo el que muere vuelve a nacer al cabo de poco, salvo que...

-¿Vaya al cielo? -Preguntó curioso el niño.

El diablo movió la cabeza de un lado a otro lentamente al tiempo que fruncía el entrecejo.

-No. El cielo no existe.

-Eso es mentira.

-¿Mentira?

-Claro, si no para qué necesitas de las tentaciones.

El niño estaba orgulloso de su deducción. El diablo sonrió divertido. "Buena lógica", pensó.

-Tal vez exista, tal vez... Pero yo nunca lo he visto. Nunca he estado allí. Y tampoco sé cómo se va.

-Entonces, ¿la gente que no cae en las tentaciones...?

-Se desintegra. Nunca más volvemos a saber de ellos. De modo que pensamos que después del infierno ya no hay nada.

El niño caminó un rato meditabundo, todavía restos de crema adornaban su rostro. No acababa de comprender lo que le decía el diablo. ¿Por qué eran necesarias las tentaciones? ¿Por qué uno se desintegra si es bueno? ¿Y los diablos, también se desintegran?

-Sucedió una vez. -Respondió el diablo adivinando su pregunta-. Era un buen diablo sin duda, pero descuidó su trabajo. Incluso evitó que alguno cayera en más tentaciones. Fue horrible, perdió sus poderes, se convirtió en

ser humano y luego se evaporizó, se desintegró totalmente perdiéndose sin duda en la nada.

-¿Y..., vosotros no tenéis tentaciones?

-No. Nosotros las generamos y así podemos permanecer en este mundo, en el infierno.

El niño se le quedó mirando un instante fijamente a los ojos.

-Pobrecito -dijo-. ¿Y no te da pena de la gente?

El diablo le miró extrañado.

-No entiendo.

-Está claro que te gustaría ir al cielo, pero no sabes como llegar, tampoco tienes amigos y tu trabajo es hacer sufrir a la gente para que no puedan marcharse. Y ni siquiera tienes un nombre.

El diablo se puso un tanto nervioso, un cierto olor a sulfuro invadió el ambiente.

-No me gustaría ir al cielo, -repuso en tono ofendido-. Aquí yo soy un diablo, allí no sería nada, un esclavo tal vez, eso si no me desintegro en la nada. Además yo no hago sufrir a la gente, más bien al contrario, les proporciono un camino para satisfacer sus deseos más íntimos, llenar de luz sus necesidades más ocultas y oscuras... Y sí que tengo nombre, pero tú no lo puedes pronunciar.

-Pero después están tristes, porque han hecho algo que en realidad no querían. Es como cuando Jaime le robó el triciclo a mi hermana, al principio lo pasó bien pero luego le entró una pena muy grande...

-El remordimiento -concluyó el diablo.

-Sí. Y terminó devolviéndosela.

-Tu amigo ya no abandonará el infierno. Al menos en esta vida.

-Pero se la devolvió.

-¿Y qué?

-No sé. Pero estuvo muy triste. Tal vez fuiste tú, ¿estás contento?

-No. No fui yo, pero estoy contento por tu amigo. Experimentó sensaciones, y ese es el secreto de la vida. No debería haberse arrepentido, pero eso ya lo irá aprendiendo con el tiempo.

-Pues a mí no me parece bien -dijo tozudo el niño.

-No lo has probado.

-Tampoco tú.

El diablo le miró interrogador.

-Tampoco has probado a ir al cielo.

-Ya te he dicho que no sé hacerlo.

-¿Lo has intentado?

-No.

-¿Lo intentarás...? Yo a cambio probaré una tentación.

-Esto no funciona así.

-¿Y cómo funciona?

-Debes caer en la tentación de manera involuntaria, sino no sería una tentación.

-De todas maneras no creo que me gustase eso de las tentaciones.

El diablo hizo una mueca de incompreensión.

-Pues a mi no me gustaría desaparecer en la nada, ir a ese cielo inexistente y eso es lo que te pasará a ti si no te dejas llevar por tus impulsos más a menudo.

El niño no supo ya que contestar. Se encogió de hombros y continuó caminado lentamente cabizbajo. De algún modo estaba triste porque le habían contado cosas que no comprendía del todo, cosas que le asustaban, cosas que contradecían lo que le habían enseñado hasta entonces. Sus hermanos siempre decían que iban a hacer esto o lo otro, pero sus intenciones sólo duraban unos meses, unos días, unas horas, luego parecía que se olvidaban de sus propósitos y con la misma rapidez con que se habían comprometido hacían exactamente lo contrario. Debían ser las tentaciones.

Él recordaba haber sentido deseos de hacer cosas que sabía que no eran buenas, pero nunca se había dejado llevar por sus deseos, en el fondo era fácil controlarlos, sólo era cuestión de intentarlo.

Y ahora resultaba que era mejor dejarse llevar. No tenía sentido, y eso le entristecía. Pero sobre todo estaba triste por el diablo, le parecía que en el fondo era bueno, aunque tal vez estuviese equivocado. Le parecía que lo que hacía lo hacía de corazón. Además se le antojaba que el pobre tenía miedo de no tener razón; sí, sin duda tenía miedo de que el cielo sí que existiese después de todo.

“Tal vez todos tengamos miedo de lo que no conocemos...”, pensó el niño un poco menos confuso. “Seguro que lo bueno es no dejarse llevar por lo que nos cuentan, ni por nuestros miedos, ni por nuestras tentaciones, sino hacer caso de nosotros mismos, escuchar simplemente la voz que llevamos dentro”.

Buscó al diablo con la mirada iluminada de alegría, pero el diablo había desaparecido.

“Tal vez”, pensó, “me lo he imaginado todo”. Se limpió la cara de crema.

-Al menos el pastelillo era de verdad -dijo riendo.

El diablo miraba al niño alejarse. Pensó que quizá sí que fuese un enviado. ¿De dónde vendrían los enviados? ¿Adónde irían después? Tampoco le preocupaba demasiado. Siempre le habían dicho que los enviados no eran más que ilusiones creadas para confundir. Pero..., tal vez era mejor no dejarse llevar por lo que nos cuentan...

Las personas se reencarnaban una y otra vez, pasaban de una vida a otra, sufriendo grandes penas, contadas alegrías, y siempre rodeadas de dolor y sufrimiento. ¿Cómo no se daban cuenta de que estaban en el infierno? Sí, es cierto, también había cosas buenas y hermosas en el infierno, pero tenía que haberlas para así realzar el sufrimiento, realzar el dolor. ¿Qué es una pena sino viene tras una alegría? ¿Quién echa más en falta el agua que el marino? ¿Si no conoces el goce de amar, cómo conocerás la pena de añorar al que ha partido para siempre?

Pero al menos, las personas vivían y tenían su oportunidad para irse del infierno. Él en cambio no la tenía. ¿O sí? Una voz dentro de él, que siempre había intentado mantener callada, le decía que sí, que podría marcharse en cuanto quisiera, en cuanto reuniese el valor suficiente.

Pero, ¿y si me desintegro en la nada?

De nuevo miró al niño alejarse. Ahora corría para llegar a casa a tiempo para la cena.

¿Y si en el cielo fuese más feliz?

¿Y si hiciese caso de la voz que escuchaba dentro de sí?

Lentamente pronunció su nombre. Era complicado, de hecho no lo había pronunciado nunca, al menos su nombre completo. Su voz creció y creció produciendo un sonido dulce y profundo, como un canto que poco a poco llenaba el ambiente. Pronto su nombre lo llenaría todo, ¡y pensar que el camino siempre estuvo dentro de él!

Una luz se abrió a sus pies. Supo que era tan sencillo como entrar en ella. Sintió como sus poderes se iban disipando uno tras otro. Sintió un atisbo de miedo, pero no parecía que fuese a desintegrarse en la nada como le habían dicho, de modo que entró de lleno en la luz.

¿Sería más feliz allí donde iba...? Eso tal vez no importaba demasiado.

El niño se detuvo un instante. La música que escuchaba era triste y alegre a la vez, antigua como el tiempo pero fresca y nueva como el rocío de la mañana. Sonrió. "Bonito nombre", pensó.

La Premonición

–Yo tengo once años, ¿cuántos años tienes tú?

Al principio la chica no respondió, estaba todavía un poco dormida, situación normal dadas las circunstancias.

–¿Cuántos años tienes tú?

La pregunta se confundió con el áspero y chirriante sonido del tren al entrar en el túnel final que lo conduce a la Estación de España. La chica esbozó la mejor sonrisa de que era capaz.

–Tengo veinte años –replicó con voz dulce.

–¿Y cuántos te quedan para cumplir los cien?

–¿Los cien?

–Sí. A mí me faltan sólo cuarenta, ¿y a ti?

–A ti no te pueden faltar sólo cuarenta eres muy pequeño todavía.

–Tal vez, pero seguro que a ti te faltan más.

La chica soltó una sonora carcajada.

–Eso no estaría mal, no, no estaría nada mal. –Pensaba en el examen de Teoría Económica que le esperaba a media mañana y en lo bien que se lo había pasado a la edad del niño.

–¿Y él, cuántos años tiene? –Señaló con su pequeño dedo al chico de enfrente.

–Pues no lo sé.

–¿Y por qué no lo sabes?

–Porque no le conozco.

—¿Tienes novio?

La chica se sonrojó y contestó a media voz.

—No.

—¿Por qué no?

—No lo sé.

—¿Por qué no lo sabes?

—No sé, no me lo he planteado.

—Apuesto a que tiene treinta y un años. Así que le faltan cuarenta y nueve para llegar a los cien.

—No creo que tenga treinta y un años. —El chico mientras tanto sonreía divertido—. Y aunque los tuviera no le faltarían cuarenta y nueve sino sesenta y nueve para llegar a los cien.

—¡Aaaah! ¿Y cómo lo sabes? ¿Lo has contado?

La chica sonrió y movió la cabeza de un lado a otro con expresión entre agobiada y divertida. Llevaba ya casi dos años haciendo el mismo recorrido en el tren y era la primera vez que hablaba con alguien.

—Ahora tengo que bajar del tren.

—¿Por qué?

—Para ir a la Universidad.

—¿Para qué?

—Para estudiar.

—¿Y te gusta?

Ella frunció el entrecejo perpleja, en realidad no estaba demasiado segura.

–¿Llegarás a los cien años? Yo sí.

–Pues no lo sé.

–¿Qué no sabes?

Suspiró hondamente, posiblemente no sabía nada.

–Me ha gustado hablar contigo. Hasta otro día. –Murmuró.

–Adiós.

La chica se levantó, se puso una chaqueta de lana blanca, cogió su carpeta y se dirigió a la puerta del tren al tiempo que este se detenía en la parada de L'Hospitalet.

El niño se dirigió ahora al chico que se sentaba delante de él.

–¿Y tú, llegarás a los cien años?

Todavía estarían en el tren cinco minutos más hasta llegar a Plaza España. El hombre también suspiró aunque no tenía muy claro el porqué. Había seguido, desde un asiento cercano, todo el diálogo entre la chica y el niño. No es que a él le gustase escuchar conversaciones ajenas, pero no cada día se encuentra uno con un niño tan surrealista, con una carencia tan absoluta de timidez. "Un poco retrasado", había pensado al principio. Además la chica había sido muy simpática con él dadas las circunstancias, que a las ocho de la mañana no todo el mundo tiene ganas de charlar.

Decidió seguir con la lectura de su libro, "La alternativa del diablo", uno de esos *best-sellers* de espías que tanto le gustaban. Sin embargo su imaginación seguía recreando la escena, la chica por cierto se parecía mucho a su mujer cuando era más joven. Pelo negro como el azabache, muy largo y liso. Sus bonitos y profundos ojos, casi negros, estaban semi-ocultos por unas grandes gafas que otorgaban una agradable expresión de inocencia a su cara. Vestía, sencilla, unos pantalones tejanos

y una blusa blanca. Por lo demás sólo llevaba un adorno, ni sortijas ni pendientes, simplemente una cinta rosa al cuello.

—¿Y tú, tienes novia?

El niño seguía bombardeando de preguntas a quien se le pusiera a tiro. El hombre sonrió y empezó a guardar el libro y sus gafas en su cartera de mano. Se levantó, el tren ya llegaba a la estación.

Lo que seguía era pura rutina, un paseo por los oscuros pasillos que conectaban la estación de ferrocarril con el metro y un fugaz viaje por las entrañas de Barcelona hasta llegar a su oficina en el edificio Colón, cerca de las Ramblas.

El hombre caminaba lentamente, antaño siempre se había distinguido por su rápido paso, nadie podía seguirle, incluso su mujer siempre se quejaba de lo mismo.

—No paseamos, vamos al galope.

Pero él estaba orgulloso de ello, más bien había estado orgulloso de ello porque ahora su caminar era cansino. Vio su reflejo en el cristal de un anuncio, de esos que pueblan el metro anunciando películas, salas de masaje, compra-venta de pisos y otras majaderías. Pensó que estaba prematuramente envejecido, sus ojos abombados habían perdido el brillo; su cabello, el poco que luchaba por continuar en su dominante posición, se estaba tornando de un color grisáceo, como sucio. Sus hombros habían cedido al peso de los años y caminaba ligeramente encorvado, también había ganado muchos kilos de más, la chaqueta del traje apenas podía disimular la mal llamada curva de la felicidad que sólo le traía disgustos con el colesterol, los triglicéridos y un cansancio perenne.

Su vida no se parecía demasiado a lo que había imaginado, recordaba noches de amor con su novia, ahora mujer, noches de vino y lujuria en la que tras los excesos descansaban a la luz de las estrellas planeando un futuro lleno de viajes exóticos,

emoción, altas responsabilidades en importantes compañías y una bonita casa en las afueras, cerca del mar, llena de niños.

¿Y por qué no? Él era tan bueno como cualquier otro, incluso mejor. Había estado entre los diez primeros de su promoción y su mujer era muy inteligente. Todo había empezado a torcerse desde que ella perdió el primer hijo, fue un aborto muy malo y el médico había dicho que no podrían volver a tener hijos. Eso la había hundido. Había hundido sus vidas porque desde ese momento todo fue de mal en peor.

Ahora se encontraba subiendo el ascensor que le llevaba al octavo piso, a una pequeña y antigua oficina en la que trabajaba de contable para una pequeña empresa textil. Trabajo duro y escaso sueldo que apenas les llegaba para pagar el alquiler de su apartamento en el vecino pueblo de Pallejà. Justo cuando iba a salir del ascensor lo vio claro. Fue como una revelación, un presentimiento tan intenso que casi resultaba doloroso. Había estado ahí todo el tiempo pero él no lo había visto tan ocupado con su pesadumbre.

Eran números: "octavo piso", él siempre había trabajado en un octavo piso, eso significaría algo seguramente, "once años" que tenía el niño, "veinte años" que tenía la joven, "cuarenta años" que le faltaban al niño para llegar a los cien. "Treinta y un años" que suponía el niño que tendría el chico de enfrente y finalmente los "cuarenta y nueve" que seguía suponiendo le faltarían para cumplir cien años. Y..., cien..., seguro que serían los cien millones de euros que ganaría en la Primitiva.

Estaba seguro, lo veía en su imaginación tan brillante como el astro rey. Ocho, once, veinte, treinta y uno, cuarenta y cuarenta y nueve. Empezó a sudar, la emoción le embargaba. Era una premonición como no había sentido jamás en su vida. Dudó un segundo, ya la secretaria le saludaba desde su mesa a la entrada, dio un paso al frente pero se lo pensó mejor y no salió del ascensor sino que apretó el botón que lleva a la planta baja.

Casi no podía marcar las cruces en las casillas mientras rellenaba el boleto para el sorteo del sábado, le temblaban las manos, temblaba todo él. Todavía tendría que esperar una noche y un día para ser millonario. Leyó el cartel que colgaba a la entrada de la administración: "El sábado bote: trescientos millones". ¿Cien millones? Ganaría mucho más. ¿Que el dinero no trae la felicidad? ¡Ja!

Salió de la Administración con prisa, estaba completamente fuera de sí, no iría a la oficina, sino a ver a su mujer a compartir con ella la gloria del momento. Tal vez le despedirían pero qué importaba. Iban a ser millonarios. No podía ser de otra manera, estaba seguro de ello.

La lotera salió apresuradamente de la Administración, llevaba una cartera en la mano.

–¡Su cartera! Se ha olvidado su cartera.

Pero el hombre se había marchado ya.

–Vaya prisas, no se puede ir con prisas por la vida, no es sano. –Murmuró–. De todos modos ya volverá a buscarla.

El hombre caminaba deprisa, sonriendo, como antaño, lleno de vitalidad y energía. Hoy era el mejor día de su vida, pero estaba seguro que el sábado sería todavía más glorioso. Le corroía la impaciencia, ya se veía en el mejor restaurante celebrándolo, comprándose una gran casa, haciendo un crucero alrededor del mundo. Ya se veía con...

Se oyó un ruido sordo, seco, áspero. El coche siguió deslizándose a pesar de que sus ruedas intentaban aferrarse al asfalto produciendo un siniestro chirrido y dejando un desagradable olor a quemado.

La gente se empezó a agolpar, cual bandada de palomas alrededor del cuerpo que ocupaba parte de la calzada.

–No le toquen–. Gritó alguien.

–¡Una ambulancia!

–¡Un médico!

Pero más de uno movió lenta y tristemente la cabeza considerando la imposible posición del cuerpo y la ausencia de movimiento.

El conductor salió del vehículo, un Ibiza de esos que van batiendo récords por la autopista, con las manos en la cabeza.

–No lo vi, –repetía apesadumbrado–, salió de la nada, sin mirar. No es culpa mía.

En una camilla en los sótanos de un hospital descansaba el cuerpo del hombre.

Un médico y un camillero (estudiante de medicina) estaban frente a él.

–Murió casi al instante, el coche le destrozó por dentro pero lo que le mató fue la acera. Le desnucó.

El camillero asintió lentamente.

–Se sabe algo de quién es. ¿Familia?

–No llevaba la cartera ni ningún documento identificativo.

–Habrá que esperar a que alguien denuncie la pérdida.

El médico suspiró y pensó que eso obligaría a guardar el cuerpo en condiciones hasta que se realizase la identificación. Por otra parte, si nadie lo reclamaba tal vez podrían emplearlo para alguna clase práctica. Años de experiencia que le habían helado el corazón.

El camillero rebuscó en el bolsillo de la chaqueta.

–Un boleto de la Primitiva. –Dijo.

–Quédatelo, no creo que a él le importe ya. –Repuso el médico que en general nunca jugaba a los juegos de azar por considerarlos fuera de lugar. La suerte, decía, se encuentra en uno mismo y no en un boleto.

El camillero se encogió de hombros y se guardó el boleto en el bolsillo. No estaría mal que le tocaran una pelillas, pensó. Así podría comprarle un regalito a la morena de sus sueños. Un poco más y saldrían juntos, estaba seguro de ello, tenía un buen presentimiento, una premonición.

Por un momento pensó en su pelo negro como el azabache, muy largo y liso. Sus bonitos y profundos ojos, casi negros, semi-ocultos casi siempre por unas grandes gafas que otorgaban una agradable expresión de inocencia a su cara.

–Sí. Si me toca le compraré un regalito.

El sábado por la tarde anunciaron que había un único y afortunado ganador del sorteo de la Primitiva. La combinación ganadora era: ocho, once, veinte, treinta y uno ...

María

María se contempló largamente en el espejo. Los espejos, pensó, son curiosos, nos devuelven una imagen distorsionada, falsa de la realidad que sin embargo aceptamos sin reparos como verdadera.

Precisamente se sentía de esa manera. Distorsionada. Falsa, pero a la vez absolutamente real, como una esas imitaciones de cuadros famosos que últimamente se vendían a precio de oro. Sonrió. Una *Gioconda* del siglo XXI.

Acercó el rostro al espejo. Las arrugas, traidoras, comenzaban a poblar desvergonzadas su cara. Archeó las cejas con cierta nostalgia, parecía que fue ayer cuando, contemplándose en aquel mismo espejo, había observado orgullosa como le empezaban a crecer los pechos. Cada día intentando apreciar cambios notables, ¡no podía ser que casi todas sus amigas usaran ya sujetador y ella no! Ahora, ya rebasados los treinta, seguía contemplándose pero con la esperanza de no apreciar cambios notables en su físico.

—¡Debería haberme plantado a los veintitrés!

Se quitó el jersey y el sujetador. Sin duda había ganado un par de kilos, pero todo continuaba en su sitio. Se miró de perfil. Sí, bastante bien.

Luego frunció el ceño y abandonó el espejo. Una buena ducha le iría de perlas..., aunque lo que en realidad sería mágico era un buen baño de espuma. Se decidió por la ducha, cuestión de tiempo. El tiempo, ese cabrón insensible, que una veces pasa demasiado deprisa y otras con una lentitud exasperante, le había vuelto a jugar una mala pasada; una reunión demasiado larga, un taxi que nunca llegaba y ahora no disponía de más de una hora hasta que pasara a buscarla Ricardo. El tiempo justo para arreglarse. Hoy, le constaba, iba a ser un día especial, cena con velitas, festejaban su segundo aniversario juntos.

Mientras el agua caía relajante sobre sus cabellos tuvo una visión. Vio a Ricardo hecho un manojo de nervios intentando declarársele, intentando formalizar su relación de una vez por todas.

—¡Vaya una expresión estúpida! Como si las relaciones necesitasen de la formalidad...

Dejó que el agua le resbalase sobre el rostro, tal vez así se irían esos malos pensamientos. Ricardo no estaba hecho para ese tipo de cosas, él era un tipo tranquilo, soñador, con alma de poeta y manos de artista. La antítesis de lo que ella consideraba sería su compañero ideal. Tal vez por eso habían empezado a salir juntos, de algún modo Ricardo no era peligroso para ella. Sin embargo la situación empezaba a escapársele de las manos, últimamente había bajado la guardia demasiado e iba a tener que hacer algo al respecto.

Cerró el grifo. Poco a poco una música fue sustituyendo al relajante sonido del agua. De hecho había estado allí todo el día, la escuchaba bien dentro de ella, en su cabeza. No podía dejar de tararear la musiquilla, y lo había intentado. ¡Claro que lo había intentado!

Todo empezó una noche al salir del cine, ya llevaban juntos un tiempo, nada serio hasta aquel día, alguna cena, algún concierto, encuentros casuales fomentados por el destino. Ricardo había insistido en ver una reposición de *West Side Story*. Un clásico. Tuvo que reconocer que la película le había gustado, incluso la música no estaba mal...

Pero al salir del cine Ricardo había empezado a cantar...

María empezó el ritual del masaje, combinación de aceite hidratante, crema anticelulítica y agua de rosas. Casi podía verle, de rodillas frente a ella, casi podía escucharle cantando a pleno pulmón aquello de "*Maria! I'll never stop saying Maria!*"

Se habría derretido allí mismo de no ser porque el invierno madrileño les había regalado una noche de menos cinco grados centígrados.

Un error. Ricardo era un error. Ella era una mujer inteligente, con una posición y un trabajo de primera. Ricardo era un tipo sencillo, trabajaba en una pequeña tienda de

discos. Ella era ambiciosa. Él poeta y pintor aficionado. A ella le gustaba viajar por países exóticos. A él pasear por la montaña, y sólo quería ir a la playa con las primeras luces del alba, cuando no hay gente, cuando el mar todavía duerme. Eran la noche y el día.

Salió de la ducha envuelta en toallas. Le gustaba ese momento. Tras el vapor de una ducha muy caliente sentir sobre su húmeda piel el roce de la suave toalla, sentir el frescor del ambiente al volver a su cuarto. Como nueva.

Miró al cuadro que colgaba junto al espejo. Estaba firmado "Ricardo, con amor". Movié la cabeza lentamente. Ricardo nunca llegaría a ninguna parte. No tenían demasiados amigos en común, eran de dos mundos diferentes. Él no tenía ambición.

Sin embargo no dejaba de escuchar la música en su cabeza, seguía allí desde aquella fatídica noche del cine.

Regresó al espejo y dejó que las toallas resbalasen al suelo. Se contempló de nuevo. Lentamente. Su rubio cabello hacia atrás, mojado, era el marco perfecto para su rostro; su piel, siempre muy blanca, hacía resaltar sus preciosos ojos grises. Contempló sus labios, finos, elegantes. Su nariz respingona. Siempre se había maquillado dándole a su rostro una expresión de dureza, la única manera de que la tomaran en serio por ella misma, de no ser sólo otra rubia tonta, pero en estos momentos su rostro sólo reflejaba fragilidad, dulzura, temor.

—Me despedirían en el acto, —murmuró pensando en su trabajo. Pero no iban a hacerlo, más bien todo lo contrario, la habían promocionado. Iba a dirigir las nuevas oficinas que la firma abría en Londres. La ambición pelo paja que se salía con la suya de nuevo.

Entonces..., ¿por qué el espejo le devolvía esa mirada de tristeza?

—Los espejos siempre mienten.

Sus ojos recorrieron su cuerpo. "Sí, María." Le dijo esta vez el espejo. "Eres muy hermosa, tienes un cuerpo magnífico." Nunca había tenido problemas para conseguir

amantes, todos los hombres se habían rendido siempre a sus pies. Seguro que en el futuro tampoco los tendría.

Ricardo nunca iría a Londres. Su vida estaba aquí, en Madrid. Tal vez sí que fuera, siguiéndola, pero no llegaría a funcionar, se amargaría, se convertiría en un ser abominable. No, no iría.

La maldita música, que seguía persistente en su cabeza, le proporcionó una visión romántica. En ella rechazaba el ascenso, la despedían, eran pobres como ratas y pasaban mil y una desgracias pero vivían juntos por siempre, arropados por la música.

¿Y por qué tenían que ser pobres? Ella podría encontrar otra cosa, seguro no tan interesante pero bien pagada. De todas maneras era su imaginación quien mandaba. Pobres. Se miró en el espejo. Su barriga empezó a crecer, albergaba una nueva vida. Nueve meses pasaron en un suspiro y vio su cuerpo deformado por el embarazo. Sonrió. Al menos no tendría que hacer dieta...

Nunca se había imaginado a sí misma de madre. No es que tuviera nada en contra pero en su vida no había tiempo para niños. Demasiada responsabilidad.

—Ya está bien de imaginaciones.

Su barriga volvió a su estado habitual y volvió a verse tal y como era. Una mujer en lo mejor de su vida, inteligente, atractiva, seductora y sensual, completamente desnuda frente al espejo. Sin tapujos, sin mentiras.

No. Nunca había tenido problemas para conseguir amantes y seguro que no los tendría en el futuro. En cualquier caso tampoco era tema demasiado importante. María sabía, como saben todas las mujeres de su clase, que en el siglo XXI existen cosas más importantes que el sexo o el amor.

Y el éxito estaba al alcance de su mano. Ahora mismo. Podía sentirlo, podía sentir su poder. Esta iba a ser la decisión, y había tomado ya muchas, más sencilla de su vida. No disponía de tiempo, era el éxito o Ricardo..., y ella era una mujer muy ambiciosa...

En su cabeza escuchó: "...*The most beautiful sound I've ever heard...*".

—... María... —cantó suavemente.

María volvió a mirarse en el espejo.

Sonrió.

El Viejo y la Parca

La Parca entró silenciosa en la habitación, estaba habituada a ello. Con según que personas es preferible la oscuridad de la noche, la nocturnidad, para no tener que escuchar lamentos y más lamentos, siempre los mismos, llegaban a aburrir. Y el viejo que venía a buscar tenía una gran familia.

Como de costumbre se puso a los pies de la cama, delante del hombre y empezó a levantar lentamente los brazos al tiempo que cerraba los ojos e inclinaba la cabeza siguiendo su habitual ritual antes de llevarse a un ser humano de este mundo.

-¡No!

-¿No? -respondió la Muerte-. ¿Quién dice no?

El viejo se revolvía entre sueños. Probablemente presentía su destino.

La Muerte frunció el ceño y lanzó un suspiro, por mucho que presintiera el viejo no tenía escape. Miró alrededor y vio una habitación sencilla pero agradable, llena de fotos, llena de recuerdos.

-¡Bah! Los recuerdos no sirven para nada.

El viejo ahora reía alegre. Parecía tener un buen sueño. "Tanto mejor para él", pensó la Parca. Pero entonces sintió la necesidad de despertarle.

-¡Viejo!

El anciano se despertó sobresaltado y se quedó mirando a la Muerte cara a cara.

-Vaya -dijo- nunca había pensado que fueras así.

-¿Y como pensabas que era?

-Horrible.

La Muerte se le quedó mirando.

-¿Por qué me has despertado? ¿Ha llegado mi hora? ¿Siempre despiertas a la gente antes de llevarlos contigo?

-Yo no les llevo conmigo, yo solo les muestro el camino y les abro la puerta.

-¿Llegó mi hora?

-Sí.

Una lágrima asomó en los cansados ojos del viejo. Pero no dijo nada, se quedó contemplando su destino.

-¿Por qué siempre tenéis que llorar? -Preguntó la Muerte.

-Porque estamos tristes.

-¿Tristes? ¿Por dejar este..., lugar?

El viejo asintió.

-Mira viejo. Me he llevado a mucha gente de este mundo, más de la que puedas llegar a imaginar. Desde siempre. Y..., -la Parca remarcó sus palabras-, y siempre han ido a un lugar mejor.

El viejo movió la cabeza de un lado a otro rechazando las palabras de la Muerte.

-¿No me crees? Observa.

Una visión del cielo y del infierno aparecieron ante el viejo. Los lugares no eran ni buenos ni malos, sólo distintos. A otra orden de la Muerte, un ángel y un diablo salieron de la visión y se presentaron ante el viejo que los miraba atónito.

-Pregúntales si vienen de un mal lugar -ordenó autoritaria la Muerte.

El ángel sonrió tímidamente.

-El cielo es el lugar más hermoso de la creación. Todos somos felices en él, no como en otros lugares.

-¿Qué quieres decir? -Repuso el diablo-. ¿Acaso es el infierno un lugar terrible?
¿Acaso crees que no somos felices allí?

-Pero allí no tenéis al Ser supremo con vosotros.

-Te equivocas, el Ser supremo está en todas partes, eso es inevitable. Pero nosotros somos almas libres, no tenemos la obligación de amarle por encima de todo. Somos libres para hacer lo que queramos y esa libertad nos otorga la felicidad. Por eso nos teméis y nos rechazáis, porque tenéis miedo de llegar a sentir esa libertad, porque sentís envidia de nosotros.

-Eres tú el que se equivoca. Nosotros somos también libres. Pero en nuestra libertad hemos elegido amar al Padre de la creación por encima de todo y ese es un amor grande e imperecedero que nos llena plenamente.

El viejo se revolvió en la cama. La Parca, que a lo largo de los milenios había desarrollado una especial habilidad para observar a la gente, notó la incomodidad del anciano, y de un gesto despidió al ángel y al demonio.

-¿Por qué me enseñas todo esto? -Preguntó el viejo.

-Porque tengo la potestad de elegir tu destino. Y por una vez..., no voy a ser yo quien decida, tú mismo elige dónde quieres ir. Como ves ambos lugares son interesantes. Aunque todavía existe otro..., el limbo. Allí vivo yo, y allí llevo a quien no quiere ir a ningún sitio, a quien no merece nada o a quien le sea suficiente consigo mismo.

El viejo sonrió.

-No me interesa ninguno de ellos.

-¿Prefieres quedarte aquí? ¿Rodeado de dolor, de miseria? ¿Cuántas veces has rogado que se terminaran tus sufrimientos, ese tumor que te corroe? ¿Qué te ata aquí? ¿Qué os ata a todos vosotros seres humanos cuando os ofrezco un destino

mejor y a cambio sólo consigo lágrimas, lamentos...? ¿No ves acaso lo felices que son en el otro mundo, como lo defienden?

-Porque ninguno de ellos conoce la brevedad de la vida, no conocen el dolor de perder algo, -se defendió el viejo-. No conocen el amor.

-¿El amor? ¿Y tú sí?

-Sí.

La Muerte mostró una expresión de perplejidad. No recordaba haber mantenido una conversación así en milenios.

-Es fácil amar algo imperecedero, algo perfecto. ¿Dónde está el amor? Yo amo la vida, que apenas dura un suspiro, que ya se me escapa entre las manos. Yo amé a mi mujer, con sus cosas buenas y sus cosas malas, y vi como te la llevabas..., demasiado pronto. Amo despertarme cada mañana y sentir como el sol calienta mis cansados huesos. Amo la dejadez del atardecer; ver a mis nietos jugando en el parque; el calor de un beso tierno. Amo poder escuchar a Mozart, leer un poema de Neruda, ver un cuadro de Monet...

La Muerte tozuda respondió que todo eso no eran más que detalles.

-Detalles que tú nunca tendrás -dijo el viejo.

-Ni tú los tienes ya. ¿Dónde están si no?

-En mis recuerdos.

La Muerte se quedó silenciosa unos segundos.

-¿Y el dolor, la injust...?

-El dolor tan sólo me recuerda que estoy vivo, y me alegro de ello. No me lo llevaré conmigo cuando me enseñes el camino. Bien pensado..., mejor llévame a mí que a algún jovencuelo que todavía no haya llenado tanto su saco de recuerdos como yo. Estoy preparado. Elijo ir contigo al limbo.

Una lágrima asomó en los ojos de la Muerte. La primera en una eternidad.

El viejo la miró extrañado.

-¿Por qué lloras?

-Lloro porque yo nunca sentiré como tú. Lloro porque soy eterna. Lloro porque soy justa e imparcial. Lloro porque yo no puedo cambiar mi destino, no puedo amar.

Lloro por mí.

-Parca. Amarse a sí mismo es el comienzo del amor.

* * *

El sol de la mañana juguetón se colaba por la ventana para calentar el frío cuerpo del viejo. Su hija Andrea entró como de costumbre. El anciano había muerto, la Parca cruel se lo había llevado consigo. La mujer empezó a llorar. Pero después vio la cara de su padre, tenía una expresión de tranquilidad, se diría que casi sonreía. Suspiró, se acercó al viejo y querido rostro y le besó con ternura. Luego se atusó el vestido y miró a su alrededor. Vio un cuarto sencillo, agradable, lleno de recuerdos. Sonrió.

Porque como todo el mundo sabe, son los recuerdos los que nos hacen Inmortales.

F I N